

# EL «YO» PENDULAR DE UNAMUNO Y SUS AGRESIONES

por ANTONIO CASTRO CASTRO

SUMMARIUM.—*Aggressiones Michaelis de Unamuno frequentes y efficaces quandam methodum specialem scribendi sive modum peculiarem agendi vel interioritatem valde individualement essendi supponunt, quae his verbis «yo pendular» seu «to ego pendulans» significamus. Ordine genetico quatuor tempora seu priora eius vitae spatia palam facimus: 1) Pacem in bello seu inquisitionem pacis annis bellicis in Hispania saeculo XIX; 2) Bellum in pace seu crismam religiosam personalem anno 1897; 3) Aggressiones scriptoribus et magistris finientis s. XIX; 4) Conversionem eius proprii modus essendi in doctrinam amoris.*

Don Miguel de Unamuno, cuando tenía sesenta y siete años y en un discurso sobre la lengua española pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 18 de septiembre de 1931, dijo: «Yo, que he estado señorío defendiendo, no queriendo rendirme, actuando tantas veces de jabalí, y cuántos de vosotros acaso habréis recibido alguna colmillada mía»<sup>1</sup>. Era un viejo. Le quedaban cinco años de vida.

En plena madurez, a sus cuarenta y cuatro años dejó escrito: «Y luego decidme: una persona que al cabo del día ve a multitud de gentes, y hoy oye a éste, mañana a aquél, más adelante al otro, y asiste a veinte o treinta conferencias, ¿creéis que el tal puede conservar su integridad espiritual sin merma alguna? Con tal vida, un erizo va a parar en borrego, convirtiéndosele las púas en vellones de lana, y por mi parte prefiero ser erizo más bien que borrego»<sup>2</sup>.

Refiriéndose a sus años primeros afirma: «En mi vida pienso gozar tanto como gocé el día en que cojimos a un pobre gato y, desde el tejado contiguo al colegio y al que se pasaba por una ventana a la que hubo luego que poner enrejado, le tiramos, chimenea abajo, por la del *fondero*. El ani-

---

1. *Obras Completas*, V, p. 703. Citaré la edición de Vergara, S. A., de Barcelona, por concesión especial de Afrodísio Aguado, S. A., Madrid, que comenzó a publicarse el año 1958 y que todavía está en curso de publicación. Han aparecido catorce tomos. Para citar usaré esta sigla OC, I, 23 = *Obras Completas*, tomo I, p. 23.

2. *Por tierras de Portugal y de España*. Grandes y pequeñas ciudades, OC, I, 539.

malito bajaba esforzándose por agarrarse a las paredes de la chimenea y haciendo así de deshollinador o *arrascachimeneas*, como decíamos nosotros, mientras reventábamos de risa imaginándonos el estropicio que haría al caer en la cocina de la fonda, entre las cazuelas»<sup>3</sup>. Era un muchacho.

El Unamuno viejo arrepentidamente habla de sus actuaciones de jabali; el Unamuno en plena madurez prefiere ser erizo a manso borrego; el Unamuno muchacho goza haciendo sufrir a animales y a hombres. Tres agresiones confesadas, tres confesiones con lo que conllevan de verdad, de arrepentimiento y de publicidad.

Quiero seguir la historia de este hombre agresivo, y voy a fijarme en su movimiento pendular. Unamuno es hombre pendular, que va de extremo a extremo en busca del medio. No está quieto en el centro o en los alrededores del mismo, salta de esquina a esquina, siempre lanzado a lo otro, y huyendo siempre de lo otro una vez que es suyo. Este yo pendular que se manifiesta en tantas vivencias de su hacerse, voy a estudiarlo en el tema de las agresiones. Si bien el hallazgo del adjetivo «pendular» me pareció original y eficaz para describir el yo de Unamuno, he encontrado más tarde un texto de don Miguel en que él mismo se compara al péndulo, con lo cual me confirma en mi hallazgo; pero me quita la originalidad. Escribe a su amigo Jiménez Ilundain el 24 de mayo de 1899: «Me cuesta proceder por síntesis. Soy como el péndulo; por oscilaciones marco mi pensamiento. Algo Proudhon. Como procedo mediante la afirmación de los contrarios reclamo el derecho a contradecirme»<sup>4</sup>.

### 1. *Paz en la guerra*

En la primera etapa de Unamuno escritor vemos que se preocupa por la paz, busca la paz. Es un tiempo en que los demás están en guerra, en que los demás luchadores no ven la paz de las batallas, y él empieza un estudio largo, histórico, sobre las guerras carlistas, y, durante doce años de trabajo y rebusca de datos guerreros, saborea la quietud. No es casual, sino pura esencia de su pensamiento de antes de 1897, el título que pone a su primera novela en que vierte su visión de luchas: *Paz en la guerra*.

El 31 de enero de 1887 pronuncia una conferencia en la Sociedad «El Sitio» de Bilbao, sobre el *Espritu de la raza vasca* y hace estas tres afirmaciones: «No tenemos la moralidad de la forma; si somos buenos no cuidamos de parecerlo. Somos bruscos y poco disimulados; la brusquedad

3. *Recuerdos de niñez y de mocedad*, OC, I, 244.

4. BENÍTEZ, Hernán, *El drama religioso de Unamuno* (Buenos Aires, 1949), pp. 297-298.

es un vicio en los pueblos cultos; el disimulo, una virtud. Nuestra moralidad es de pueblos primitivos, las virtudes viriles del hombre de la naturaleza, hijas de la lucha por la vida, no las virtudes adquiridas del hombre refinado, hijas del interés social» <sup>5</sup>. «Somos el pueblo de la acción y el movimiento; fuerza, las ideas; fuerza, los sentimientos; la religión, fuerza» <sup>6</sup>. «Yo no exijo que os conforméis con mis ideas; no me exijáis tampoco vosotros que me conforme con las vuestras. No es una falta pensar de otro modo que como piensan los demás; es vergonzosa cobardía callar por falsos respetos, mal entendidos» <sup>7</sup>.

En estas tres afirmaciones predomina el tema general del espíritu de la raza vasca sobre la referencia personal, que ya queda, sin embargo, apuntada. El vasco es brusco, es luchador. Esta misma idea vuelve a repetirla dos años más tarde en un artículo publicado en «El Noticiero Bilbaíno» el 18 de noviembre de 1889, titulado *En Alcalá de Henares*: «Nosotros [los vascos] hemos nacido para la lucha, no para abismarnos en las profundidades recónditas de un sentimiento quintaesenciado» <sup>8</sup>. Quiero dejar apuntado que en este año todavía distingue clásicamente dos zonas: la de la lucha y la de la esencia; la acción y la contemplación. Más tarde veremos su evolución en este terreno.

En 1891 don Miguel no sólo habla de los vascos, de la raza, sino que empieza a hacer afirmaciones personales acerca de su yo: «Peleábamos en ellas [las oposiciones] con toda nuestra alma; yo con todas las intemperancias y osadías que se me van curando, y viendo en el triunfo la base para crearme una familia nueva» <sup>9</sup>. Como si se avergonzara de sus intemperancias y osadías, añade eso de que se le van curando. Veremos que más que el principio de la curación se trata del comienzo de una enfermedad grave. Una enfermedad que él ya diagnostica: «El cariño que yo le profesaba iba como sentimiento humano, mezclado de algo de espíritu de rivalidad» <sup>10</sup>, dice en el mismo artículo. Ya tenemos yuxtapuestas dos palabras contrarias: cariño y rivalidad. Pero aquí todavía la primera de ellas es **carinho**. Estamos en la época de «paz» en la guerra, no en el período de «guerra» en la paz.

Al año siguiente, en el «Suplemento Literario de El Nervión», empieza a filosofar sobre el misterio de la conciencia: «Nos separamos, y quedé pensando que jamás, ni él ni yo, podremos asomarnos sobre el brocal de

---

5. OC, VI, 210-211.

6. OC, VI, 222.

7. OC, VI, 192-193.

8. OC, I, 155.

9. *Julio Guitard*, OC, X, 74.

10. OC, X, 75-76.

la conciencia ajena, para ver cómo ve el prójimo las cosas en que concordamos todos»<sup>11</sup>.

Aparte del misterio de la conciencia ajena, señala, en ese mismo año de 1892, una que será causa externa de ciertas cosas unamunianas: la digresión: «El hilo de mis imágenes me arrastra, y doy siempre en la digresión. No importa»<sup>12</sup>. Ese hilo de imágenes le hará decir muchas cosas que no irán por el hilo de las ideas.

De ese mismo año es esta interpretación del llanto de los niños: «Todo el mundo sabe que el llanto es el idioma primero y no aprendido que hablamos todos. Todos sabemos que el hombre nace llorando.

Conviene no olvidar que el llanto es más que expresión de dolor lenguaje en el niño. No siempre que llora expresa su dolor, sino que una vez pide leche, otra aire libre, ya que le cambien de postura, ya que le limpien»<sup>13</sup>. Retengamos esta sentencia: el llanto es lenguaje. Con ella comprenderemos muchas de las expresiones unamunianas. Si llanto es lenguaje cuando se escribe o se habla, cuando se escucha o se lee lenguaje es llanto.

No he hablado de la niñez ni de la mocedad de Unamuno. Lo haré más tarde, siguiendo textos que él escribió siendo ya hombre. En 1892, a sus veintisiete años, en un artículo que incluyó más tarde en *Recuerdos de niñez y de mocedad* con el título de «Moraleja», tuvo una reflexión sobre su infancia y afirmó: «Nuestros primeros años tienen con luz de sus olvidados recuerdos toda nuestra vida, recuerdos que, aun olvidados, siguen vivificándonos desde los soterraños de nuestro espíritu, como el sol que sumergido en las aguas del Océano las ilumina por reflejo del cielo»<sup>14</sup>. Con estas palabras quiero meter curiosidad por la niñez de Unamuno. Por ahora es suficiente la afirmación.

Antes quiero presentar estos textos de 1894 en un artículo cuyo título ya es significativo: *La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa*. En dicho artículo nos habla del alma desnuda: «Si anduviéramos desnudos, ¿quién sería más elegante, un gañán robusto y sano o tanto implume hombre-macaco como hoy pasa por tal? Pues lo mismo sucedería si nos desnudaran el alma»<sup>15</sup>. Es uno de los ataques unamunianos que habrán de repetirse muchas veces: contra la sociedad burguesa. «¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad!* ¡Qué años tan hermosos y

11. *Elecciones y convicciones*. Diálogo divagatorio, OC, IX, 641.

12. *A propósito y con excusa del estilo*. *Cartas abiertas de libre divagación*, I, en «El Nervión» (Bilbao), 18 de julio de 1892, OC, XI, 696.

13. *El idioma primitivo*. Fantasía, en «El Nervión» (Bilbao), 25 de diciembre de 1892, OC, VI, 416.

14. OC, I, 324.

15. En «Eco de Bilbao», 7 de enero de 1894, OC, VI, 424.

qué energías tan frescas malgastadas en dar a los sentimientos y las ideas un barniz de *finura* para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel a que se somete a los pobres niños para que no sean *ordinarios*, sin conseguir que lo sean extra—!»<sup>16</sup>.

A medida que el artículo se *alarga*, la ira del Unamuno de treinta años se va incendiando, y sus palabras van tomando forma agresiva: «Raspad el barniz al hombre *culto*, quitadle del cuerpo desde la levita hasta la fina almilla de hilo crudo del alma, desde las haches ortográficas hasta los preceptos pomposos de la moral convencional, y os encontraréis con el salvaje desnudo, con el bárbaro que sólo respira los instintos más brutales de la primitiva y desenfrenada lucha por la vida»<sup>17</sup>.

Apenas nos acordamos de que Unamuno está tratando de la reforma de la ortografía. Está hablando de la sociedad burguesa, está atacando a la sociedad burguesa: «El hombre *culto y bien educado* bachillerescamente no sólo es incapaz de manejar un martillo o un hacha, si alguna vez le hace falta, sino que desprecia al que los maneja, le desprecia de corazón porque escribe *ombre* sin hache, y, lo que es peor, maldito si tiene cultivado el tuétano del alma. No lo tiene porque, educado para parásito de la sociedad, desconoce el alma de ésta y a dónde se encamina; no lo tiene porque no han cuidado de sofocar en él el légamo repugnante de nuestras tradiciones de rapiña legalizada, porque no le han enseñado a sentir náuseas cuando se le presenta al espíritu el principio económico de nuestra sociedad, su rueda catalina: *ganar lo que pierde el otro*»<sup>18</sup>.

Después de estos ataques violentos, brillantes, hondos, Unamuno vuelve a la paz, después de la guerra, en el fondo mismo de la lucha busca la paz, y sus palabras toman forma de lago en calma: «Dios me libre de poner el trabajo manual ni por encima ni por debajo del mental; es más, sé que todo trabajo es corporal y espiritual a la vez, que discurre la mente con los músculos y manipulan las manos con la mente; pero conviene no olvidar que los que cultivan todos esos conocimientos que sirven de mero adorno y nos hacen *presentables en buena sociedad* podrán no tener callos en las manos, pero, en cambio, tampoco los tienen en la inteligencia, y si son incapaces de servirse de un martillo o de un hacha, no son menos incapaces de usar su razón para comprender el hacha o el martillo, el *hecho* más insignificante, el verdadero y santo hecho, el palpitante hecho de carne de la naturaleza y no el miserable engendro que como tal se les da en letras de molde»<sup>19</sup>. El yo pendular acorta sus movimientos y busca

16. Ib.

17. OC, VI, 424-425.

18. OC, VI, 425-426.

19. OC, VI, 426-427.

el centro, la paz, después de la guerra de los extremos. Anotemos de paso cómo en 1894 Unamuno, con mentalidad todavía progresista o positivista, ensalza al «santo hecho». Aún no se ha vuelto contra los que él llamará «hechólogos».

En la correspondencia epistolar con «Clarín» tenemos las más sinceras confesiones del Unamuno de los treinta años. En cada uno de los textos que aduzco va apareciendo una como explicación o descripción de su agresividad: «La soledad en que vivo creo me fortifica, pero es empobreciéndome, acusando en mí lo diferencial y excluyente a expensas del fondo humano que con el trato se vivifica»<sup>20</sup>. Si antes le ha irritado la sociedad, el hombre que le rodea, ahora le irrita la soledad, el hombre que le abandona. Y una vez solo entra en crisis religiosas: «Yo también tengo mis tendencias místicas, pues no en vano he estado oyendo misa al día y comulgando al mes con verdadero fervor y no por fórmula hasta los veintidós años, y de puro religiosidad creo dejé de hacerlo»<sup>21</sup>. El movimiento pendular camina desde la misa diaria al abandono de la Iglesia.

En esta misma carta del 31 de mayo de 1895 vuelve a hablar de su asociación de ideas: «Apuntada una idea cuando quiero desarrollarla, me sale al paso otra con que está asociada y de ésta voy a otra»<sup>22</sup>. Y de esta asociación hace derivar él su querida incoherencia: «Es cosa que no puede remediar cuando escribo cartas a personas que sé han de comprenderme todo, ver la hilación de mis conceptos y en éstos, cosas que yo no veo. Esto de poder seguir el hilo psicológico de mi personal asociación de ideas sin tener que atarme al hilo lógico de la asociación social de ellas me da gran libertad. Me refresco abandonándome al lirismo de mi querida incoherencia»<sup>23</sup>. Es éste uno de los textos fundamentales para leer a Unamuno. En él aparece una preferencia del hilo psicológico sobre el lógico, un goce especial ante la asociación personal de ideas frente a la asociación social de las mismas; habla de abandono al lirismo y de la fruición en la incoherencia. Pero fijémonos en las palabras primeras que condicionan todo el resto: «cuando escribo *cartas* a personas que *sé han de comprenderme todo*». La tragedia personal del Unamuno escritor es que no todos sus escritos son cartas, y que no todas las personas han de querer comprender, y que no todas van a gozar con sus lirismos incoherentes.

Otra de las causas del yo pendular del Unamuno escritor es la forma conversacional de engendrar ideas: «Y yo siento más al vivo que nadie esto porque no puedo pensar sino en voz alta; conversando se me ocurren

---

20. *Epistolario a Clarín*. Prólogo y notas de Adolfo Alas (Madrid, Ediciones Escorial, 1941), p. 49.

21. *Epistolario a Clarín*, p. 53.

22. Ob. cit., p. 52.

23. Ob. cit., pp. 58-59.

las más de las ideas; en las conversaciones con gentes que comprenden descubro y defino mis propios conceptos al esforzarme por transmitirlos, y me es un gran gozo recibir, transformada, una idea que emití» <sup>24</sup>.

Unos meses más tarde, en octubre, vuelve a insistir en el tema de la soledad negativamente: «Para todo esto es cierto que la soledad da fuerzas en un principio, pero acaba por matar de ahogo» <sup>25</sup>. Y también, sobre la asociación de ideas: «Estoy convencido de que jamás me curaré del vicio de divagar y escribir cartas como Horacio odas, sin maroma lógica, dejándome llevar de la asociación de ideas» <sup>26</sup>.

En febrero de este mismo año, en sus escritos públicos primeros de mayor éxito comienza insistiendo en esas ideas que desarrolla en sus cartas: «Me conviene también prevenir a todo lector respecto a las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las *contradicciones* que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotiois*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método: el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha <sup>27</sup>. En estas palabras parece afirmar un ideal de búsqueda de verdad. Pero seguidamente vuelve sobre sí mismo, y todavía acoplejado y como quien empieza a actuar en público, se corrige en busca de la paz. «Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza a un lado, y espere a que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro» <sup>28</sup>. Quiere con esas líneas dar como un método de lectura para ser bien entendido. Pone guerra de extremos, pero espera como «resultante» la paz. Y esto, termina diciendo, por defecto mío: «Bien comprendo que este proceso de vaivén de hipérboles arranca de defecto mío; mejor dicho, de defecto humano; pero ello da ocasión a que el lector colabore conmigo, corrigiendo con su serenidad el mal que pueda encerrar tal procedimiento ritmico de contradicciones» <sup>29</sup>. Pasa de lo «mío» a lo humano en general con cierta timidez, y pide colaboración al lector para que lo leído en cuanto leído sea paz de extremos.

En junio del mismo año en lugar de hablar de su tendencia asociativa,

24. Ob. cit., pp. 64-65.

25. Ob. cit., p. 64.

26. Ob. cit., p. 65.

27. *En torno al casticismo*, en «La España Moderna» (Madrid), febrero de 1895, OC, III. 171.

28. Ib.

29. Ib.

se queja de la tendencia disociativa española: «No se ha corregido la tendencia disociativa; persiste vivaz el instinto de los extremos, a tal punto, que los supuestos justos medios no son sino mezcolanza de ellos»<sup>30</sup>.

Al final del año 1896 en un *Ensayo iconológico* titulado *El Caballero de la Triste Figura* escribe así del hombre: «...como quiera que es el hombre tejido de contradicciones y parto de la lucha, su fisonomía, sólo en parte, ¡cuán mínima a menudo!, le pertenece, y no es dable conocer por su cara su alma»<sup>31</sup>.

Dos meses antes le había escrito a su amigo «Clarín», hablando del hombre, del yo del hombre: «Perdóneme que le hable de mí, pero no sé hablar sino de mí o de los otros, de sus *yos*, de sus entrañas. Me interesan más los hombres que sus cosas, y antes que comprender éstas, deseo sentir a aquéllos. No hay misterio que me parezca más terrible que el de la impenetrabilidad de los cuerpos y de las almas»<sup>32</sup>.

Unamuno a final del año 96, a sus treinta y dos años, anda buscando las entrañas del hombre, de ese hombre que lucha, de ese hombre tejido de contradicciones.

Al año siguiente, 1897, sale su novela *Paz en la guerra*. No nos da el pensamiento o las vivencias de ese año sino de los doce años anteriores. Ya veremos cómo precisamente el año 1897, el año de la crisis, marca una etapa de intensificación, si no nueva, de su yo pendular.

Son muchos los textos que pueden aducirse para ver al Unamuno buscador de paz, o contemplador de paz en la guerra. Este puede ser uno de ellos: «Necesitábanse mutuamente, acudiendo a la tertulia a molestar-se, soltándose veladas alusiones. El día en que el uno parecía quedar sobre el otro, salíase éste amoscado y taciturno, mas por dentro se querían con un cariño que tomaba forma de rencor, en solidaridad de beligerantes que se completan. Necesitábanse y se deseaban para darramar cada uno de ellos en cabeza del otro la irritación que el estado de las cosas le producía»<sup>33</sup>.

Retengamos estas palabras: *necesitábanse mutuamente*, para *molestar-se*, *mas por dentro* con un *cariño que tomaba forma de rencor*, *solidaridad de beligerantes*, *irritación* que el estado de las cosas le producía, *amoscado* y *taciturno*.

Añadamos estas otras frases: «Habían empezado a mezclarse unos y otros, merced a la piedad a los muertos, comenzando por insultarse para acabar bebiendo del mismo vaso y cantando a coro»<sup>34</sup>. Aquí vemos se co-

30. *En torno al casticismo*, OC, III, 285.

31. En «La España Moderna» (Madrid), OC, III, 379.

32. *Epistolario a Clarín*, 28 de septiembre de 1896, p. 70.

33. *Paz en la guerra*, OC, II, 166.

34. *Paz en la guerra*, OC, II, 337.



mienza por el insulto, por la guerra, pero se termina en la paz: bebiendo del mismo vaso y cantando a coro.

Mas no se trata de una paz superficial. Unamuno sigue ahondando en el hombre, y desde la guerra camina hasta la paz, porque dentro de la paz, ve ternura, compasión, hermandad: «Al separarse había un calor nuevo en el apretón de manos, porque entonces, después de haberse batido unos con otros, mucho mejor que peleando con el moro, sentían a la patria y la dulzura de la fraternidad humana. Peleando los unos con los otros habían aprendido a compadecerse; una gran piedad latía bajo la lucha; sentían en ésta la solidaridad mutua como base, y de ella subía al cielo el aroma de la compasión fraternal. A trompazos mutuos se crían los hermanos»<sup>35</sup>.

Con violencia sarcástica llega Unamuno en *Paz en la guerra* a describir las luchas de los carlistas y de los liberales: «Avisábanse todos los días de uno y otro campo la hora en que había de empezar el cañoneo, y más tarde llegó a dispararse con pólvora sola, por cumplir. Eran días de laxitud, en que llegó a darse el caso de que un cabo de avanzada carlista guiara a su relevo a un batallón enemigo descarriado. Hubo que prohibir, en algún punto de la línea carlista, que fuesen los muchachos a las posiciones enemigas»<sup>36</sup>. En un espléndido Jueves Santo se acuerdan los soldados del «Redentor ideal, que murió por los hombres, para traer, con la guerra, paz eterna»<sup>37</sup>.

Frente a esta paz de los campos de batalla, frente a la paz de los soldados, una paz nacida de guerra, una paz que produce compasión mutua, hermandad, amor, critica Unamuno en su novela la otra paz, la paz que nace de la paz, la paz que brota de la modorra. He aquí un texto largo, pero que describe con humor las devociones pacíficas de un cura: «Lo más importante era que no le turbaran en el tranquilo turno de sus devociones y hábitos piadosos, cuya riquísima variedad se desplegaba suave y tranquila en la profunda unidad que los abarcada a todos. Según la época del año y las diversas dedicaciones de sus meses y días, variaba, calendario en mano, el ordenado curso de sus piadosos ejercicios. A unas novenas se sucedían otras, unas intenciones a otras intenciones. En contar y descontar los días que trascurrían en cada ejercicio hallaba distracción continua. Y además las meditaciones y las lecturas piadosas, sobre todo la de la *Imitación de Cristo*, su más constante pasto espiritual. Y a todo esto nada de extraordinario ni fuera de la vía común de los humildes, siempre las devociones corrientes, pues recordaba que se hallaron pobres y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que, humillados y empobrecidos,

35. *Paz en la guerra*, OC, II, 339.

36. *Paz en la guerra*, OC, II, 340-341.

37. *Paz en la guerra*, OC, II, 341.

aprendieran a no volar con sus alas, sino a esperar debajo de las del Señor»<sup>38</sup>.

El carácter autobiográfico de esta novela lo afirma Unamuno muchas veces y todos los críticos están de acuerdo en que Pachico no es más que don Miguel. De él dice en la novela: «Atraíanle a Pachico las discusiones aquellas de viva voz, ¡y tan viva!, entre hombres para él vivos y de carne y hueso, entre hombres que dejaban asomar en ellas sus almas, mientras le molestaban los relatos escritos de los periódicos, de que se enteraba no más que por las discusiones del cafetín»<sup>39</sup>.

Pero no es lo que sobresale en esta novela de don Miguel la guerra. La guerra es lo que veían los demás, la guerra es lo que quedará en los libros de texto, en los periódicos. Lo que él ve es la paz, el extremo contrario de la guerra y eso dentro de la misma guerra. Por lo que he de citar varios párrafos del final de la misma en que Pachico —Unamuno— encuentra en todas las formas de lucha, la paz. Este final de la novela confiesa Unamuno que lo debiera haber hecho en verso, que es un poema. Para Carlos Blanco Aguinaga, este final es el embrión de toda la novela<sup>40</sup>.

Pachico —Unamuno— frente a las olas luchadoras del mar, ve la quietud, la paz: «Al día siguiente fuése a la orilla del mar, donde las olas se rompían en crestería de espuma, cantando la eterna monodía de su vida sencilla, y allí, como en un baño de calma, bajáronle los pensamientos de la víspera a reposar en el fondo fecundo del olvido.

Venían las olas a quebrarse a sus pies, disipándose en la arena unas, rompiéndose con ruido y en espuma contra las rocas, otras. Una ola muerta... ¿muerta? allá venía otra, a morir también, y las aguas siempre las mismas. Por debajo del oleaje, obra del viento en el pellejo tan sólo del océano; por debajo del oleaje, contra su dirección tal vez, sin obedecerla, marchaba incesante el curso perdurable de las aguas profundas, en corro sin cesar recommenzado»<sup>41</sup>. Todo es paz profunda en la guerra de superficie: guerra de olas contra rocas, quebrarse, romperse, hacer ruido, hacer espuma, sin obedecer. Pero marcha incesante el curso pacífico de las aguas profundas. Guerra de olas; paz del agua.

Encuentra la misma paz entre «la vasta congregación de los gigantes de Vizcaya, que alzan sus cabezas los unos sobre los otros»<sup>42</sup>, entre los montes. «Tiéndese allí arriba, en la cima, y se pierde en la paz inmensa

38. OC, II, 352-352.

39. OC, II, 356.

40. BLANCO AGUINAGA, Carlos, *El Unamuno contemplativo* (México, 1959), p. 57: «Así, pues, si el significado más personal de *Entorno al casticismo* debemos entenderlo en términos de la «visión» de Pachico, ésta, a su vez, por ser el resumen de todo *Paz en la guerra* (y en rigor, veremos, su germen)...».

41. *Paz en la guerra*, OC, II, 361.

42. OC, II, 412; 412-413.

del agosto escenario, resultado y forma de combates y alianzas a cada momento renovados entre los últimos irreductibles elementos»<sup>42</sup>.

Inmensa paz de los montes, aguas «siempre las mismas» de las distintas olas del mar, y sobre ello, junto a todo ello, la paz del cielo: «A lo lejos se dibuja la línea de alta mar cual un matiz del cielo, perfil que pasa sobre las cimas de las montañas»<sup>43</sup>. «Desde la altura contempla a lo lejos, quieto y silencioso, al mar inquieto y bullanguero, junto a las montañas silenciosas y quietas»<sup>44</sup>.

Cuando todos ven guerra, rebusca Unamuno la paz en su fondo, pero cuando los demás creen en la existencia de un mundo pacífico habla don Miguel de la guerra lenta, tenaz y callada. Continúa así: «Antes de hacerse el hombre, pelearon guerra turbulenta los elementos: el aire, el fuego, el agua y la tierra, para distribuir el imperio del mundo, y la guerra continúa lenta, tenaz y callada. El mar, gota a gota y segundo tras segundo, socava las rocas; envía contra ellos ejércitos de animalillos que nutre en su seno para que las carcoman; y de los despojos de aquéllas y de éstos muelle su lecho, a la vez que los torrentes de las nubes, sangre de su sangre, desgastan a las altivas montañas, rellenando los valles con fecunda tierra de aluvión». Pero no termina todo en la guerra. Vuelve don Miguel a buscar la paz, el elemento nivelador: «El elemento nivelador e igualitario, el que recorre, como el mercader que lo surca, las tierras todas, vivo porque en su seno recobran el calor del Ecuador y el hielo del Polo, mina la altivez de los viejos montes, encadenados al lugar en que nacieron»<sup>45</sup>.

Paz viva, paz nacida del calor y del frío.

Pachico, el Unamuno de estos años, no ve del mar movido sino la quietud; de las montañas quietas, la inquietud del hombre que vive entre ellas. Es el yo pendular, la oscilación al extremo contrario de donde se coloque el otro. El otro, los otros ven olas; él ve sólo agua; los demás miran la quietud del monte; el yo pendular se fija en que el monte está muriendo agónico: «Desde la cima de la montaña no veía Pachico alzarse las olas ni oía la canción del mar, viéndole en su quietud marmórea y comprendiéndole tan asentado y firme en su lecho como a las montañas en sus raíces pedernosas»<sup>46</sup>.

Este Unamuno contemplativo de que habla Carlos Blanco Aguinaga, apoyándose en estos mismos textos, y este yo pendular que se me antoja más significativo a mí, no sólo termina en la naturaleza —mar, montaña—, sino que da el salto al hombre, a la historia, pero partiendo de la natu-

43. OC, II, 413.

44. OC, II, 413.

45. OC, II, 413.

46. OC, II, 413.

raleza: «Y volviendo la vista a éstas [las montañas], que defienden y abrigan a los pueblos, dividen y unen las razas y naciones, distribuyen las aguas mismas que las consumen, y embellecen y fecundan los valles, piérase en largas divagaciones en torno a las luchas e invasiones de las razas y las gentes y a la fraternidad final de todos los hombres, oculta en el porvenir, para llegar a pensar en su Vizcaya, donde unos de cuyos hijos abren con su laya y con su sudor riegan la tierra de la montaña, arrancan otros su pan al mar, y otros lo surcan a lejanos climas»<sup>47</sup>.

Hay algo más que una contemplación en estas palabras. No sólo encontramos un yo contemplativo frente a un yo agonista, en alternancia, como afirma Blanco Aguinaga; tenemos más, tenemos un yo contemplativo y agonista al mismo tiempo: en torno a las luchas, la fraternidad de todos los hombres: «Muéstrasele la Historia lucha perdurable de pueblos, cuyo fin, tal vez inasequible, es la verdadera unidad del género humano; lucha sin tregua ni descanso»<sup>48</sup>. La lucha es la verdadera unidad del género humano. Sin salir de la lucha, sin alternar con la lucha, en la misma lucha, zahondando, se encuentra la paz: «Y luego, zahondando en la visión de la guerra, sumerge su mente en la infinita idea de la paz. Mar y tierra celebran, luchando bajo la bendición del cielo, su unión fecunda, engendradora de la vida, que aquél inicia y ésta conserva»<sup>49</sup>. Veamos estos matices: mar y tierra, *luchando*, no después de luchar, sino al mismo tiempo, *luchando*, celebran la *unión*, no la alternancia, *fecunda*, porque es *engendradora* de *vida*. Unamuno vasco no es un luchador que se cansa y al descansar se marcha al desierto de la paz. No, eso es muerte. Es un luchador, que en la misma lucha, por ley pendular de idas y venidas ligadas, halla la paz fecunda.

Junto a estos párrafos en que se nos antoja ver un yo pendular insistente, hay otros, escogidos por Aguinaga, en que aparece más el yo contemplativo, puramente contemplativo, que también posee don Miguel: «Despiértasele entonces la comunión entre el mundo que le rodea y el que encierra en su propio seno; llegan a la fusión ambos, el inmenso panorama y él, que libertado de la conciencia del lugar y del tiempo, lo contempla, se hacen uno y el mismo, y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo el deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, goza de paz verdadera, de una como vida de la muerte»<sup>50</sup>.

Sigue este yo contemplativo como enajenado, fundido con las cosas, dormido: «Mas luego, adormiladas por la callada sinfonia del ámbito solemne,

47. *Paz en la guerra*, OC, II, 413-414.

48. OC, II, 414.

49. OC, II, 414.

50. OC, II, 416.

se le acallan y aquietan las ideas; los cuidados se le borran; desvanécese la sensación del contacto corpóreo con la tierra y la del peso del cuerpo se le disipa. Esponjado en el ámbito y el aire, enajenado de sí, le gana una resignación honda, madre de omnipotencia humana, puesto que sólo quien quiera cuanto sucede logrará que suceda cuanto él quiere»<sup>51</sup>. Si, este es el yo contemplativo, el yo que huye de los hombres, el yo que se sale de sí mismo, el que se *enajena*. El yo lírico. El yo del poeta: «Es una inmensidad de paz. Paz canta el mar; paz dice calladamente la tierra; paz vierte el cielo; paz brota de las luchas por la vida, suprema armonía de las disonancias; paz en la guerra misma y bajo la guerra inacabable, sustentándola y coronándola. Es la guerra a la paz lo que a la eternidad el tiempo: su forma pasajera. Y en la Paz parecen identificarse la Muerte y la Vida»<sup>52</sup>.

Este yo contemplativo en la cima de la montaña, este yo que no ve más que paz en la guerra, al bajar del monte, al encontrarse con gentes, por ley pendular, no ve sino guerra en la paz: «Una vez ya en la calle, al ver trajinar a las gentes y afanarse en sus trabajos, asáltale, cual tentación, la duda de la finalidad eterna de todos aquellos empeños temporales. Mas al cruzar con algún conocido recuerda las recientes luchas, y entonces el calor reactivo a la frescura espiritual de la montaña infúndele alientos para la inacabable lucha contra la inextinguible ignorancia humana, madre de la guerra, sintiendo que le invade el vaho de la brutalidad y del egoísmo. Cobra entonces fe para guerrear en paz, para combatir los combates del mundo, descansando entretanto en la paz de sí mismo. ¡Guerra a la guerra; mas siempre guerra!»<sup>53</sup>.

Subrayo estas palabras: *reactivo, inacabable lucha, inextinguible ignorancia, vaho de la brutalidad y del egoísmo, fe para guerrear en paz, mas siempre guerra.*

Si bien la novela de Unamuno se titula *Paz en la guerra*, y es la visión del yo contemplativo sobre guerras ajenas, lo último de la misma tendría que titularse ya *Guerra en la paz*. Don Miguel deja de ser el contemplador de luchas, para convertirse en soldado: «Así es como allí arriba, vencido el tiempo, toma gusto a las cosas eternas, ganando bríos para lanzarse luego al torrente incoercible del progreso, en que rueda lo pasajero sobre lo permanente. Allí arriba, la contemplación serena le da resignación trascendente y eterna, madre de la irresignación temporal, del no contentarse jamás aquí abajo, del pedir siempre mayor salario, y baja decidido a provocar en los demás el descontento, primer motor de todo progreso y de todo bien»<sup>54</sup>. Ya empiezan a sonar las palabras básicas para comprender al lu-

51. OC, II, 415-416.

52. OC, II, 416.

53. OC, II, 416-417.

54. OC, II, 417.

chador vasco: resignación-irresignación, no contentarse jamás, provocar descontento, y todo ello en función del progreso y del bien. En función de la verdad. La verdad justifica la guerra, exige guerrear sin más, sin esperanza de victoria: «En el seno de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hacen sagrados votos de guerrear por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma»<sup>55</sup>.

Su amigo Jiménez Ilundain en este mismo año de 1897 comenta en carta: «En *Paz en la guerra* (y llueve sobre mojado, pues es usted lo mismo en casi todos sus escritos) hay una atmósfera de misticismo que denota en usted un alma profundamente religiosa en su irreligiosidad. Es, o demuestra serlo, un ateo-místico, un escéptico-creyente, una cosa rara, en fin, que me explico, pero que no comprendo bien»<sup>56</sup>. Sirvan estas palabras para pasar al tema siguiente. Entramos en el campo personal, religioso o irreligioso de don Miguel. Salimos de las guerras carlistas y pasamos a la guerra unamuniana. No olvidemos que estamos en el año de la crisis: 1897.

## 2. Guerra en la paz

Fué Sánchez Barbudo<sup>57</sup> quien descubrió la crisis de 1897 y sacó del estudio de ella una consecuencia que le negaron los otros estudiosos, sobre todo Armando F. Zubizarreta<sup>58</sup>, el descubridor del *Diario* de la crisis. Sánchez Barbudo habla de un final ateo, mientras que Zubizarreta insiste en lo que él llama «inserción en el cristianismo». No quiero tocar este tema hoy sino en cuanto nos explique el «yo pendular y sus agresiones».

Debo, en primer lugar, agradecer a don Fernando de Unamuno la utilización de «algunos» pasajes del *Diario*. No voy a estudiar el problema de la fe, sino sólo aquí el de la «guerra en la paz». Sirvan estos párrafos, que cito no directamente de las libretas paginadas de Unamuno, sino de una copia que me cedió gentilmente don Manuel García Blanco: «Lo que lloré al romper la crisis fueron lágrimas de angustia, no de arrepentimiento. Y éstas son las que lavan; aquéllas irritan y excitan». Junto a estas

55. OC, II, 417.

56. BENITEZ, Hernán, *El drama religioso de Unamuno*, p. 246.

57. SANCHEZ BARBUDO, Antonio, *La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva. La crisis de 1897*, en «Hispanic Review» 18 (1950), 218-243. Cf. *Estudios sobre Unamuno y Machado* (Madrid, Guadarrama, 1959), pp. 43-79.

58. F. ZUBIZARRETA, Armando, *La inserción de Unamuno en el Cristianismo: 1897*, en «Cuadernos Hispanoamericanos» (Madrid), 28 (1958), pp. 7-35. Cf. también del mismo *Unamuno en su "nivola"* (Madrid, Taurus, 1960).

Acerca del *Diario*: *Aparece un diario inédito de Unamuno*, en «Mercurio Peruano», 28 (1957), 182-189. Véanse más artículos suyos en su libro *Estudios sobre Unamuno* (Madrid, Taurus, 1960).

lágrimas de angustia, en oscilación pendular, esta ternura hacia la Virgen: «He llegado hasta el ateísmo intelectual, hasta imaginar un mundo sin Dios, pero ahora veo que siempre conservé una oculta fe en la Virgen María. En momentos de apuro se me escapaba maquinalmente del pecho esta exclamación: Madre de Misericordia, favoréceme».

Más adelante, en un examen de su historia pasada, confiesa: «¿Qué han sido durante años las más de mis conversaciones? Murmuraciones. Me he pasado los días en juzgar a los demás y en acusar de fatuidad a casi todo el mundo. Yo era el centro del universo, y es claro, de aquí ese terror a la muerte. Llegué a persuadirme de que muerto yo se acababa el mundo».

El progreso de la crisis va tomando un aire de acercamiento al cristianismo: «Al encontrarme vuelto al hogar cristiano heme hallado con una fe que más que en creer ha consistido en querer creer y con que volvía en bloque la antigua doctrina, sin detalles ni dogmas, sin pensar en ninguno de ellos en particular, con una fe inconsciente. Es más, cada vez que me he fijado en una enseñanza en especial se me ha revelado viéndola como la veía desde mi sueño. Mas ahora de esa oscura nebulosa, de esa fe compacta y sin línea ni letra empieza a brotar la armoniosa fábrica de la divina doctrina, y voy percibiendo en ella líneas y formas. Es como un írseme acercando poco a poco y a medida que se me acerca un ir apareciendo sus lineamientos. Poco a poco se rasga el sueño y aparece la realidad».

Esta guerra por la fe, esta guerra entre sus yos, la manifiesta también en estas palabras: «Es una cosa en que se piensa poco en lo frecuente que es el que un hombre viva huyendo de sí mismo. A dónde irá que no se encuentre consigo? Corre y más corre, huye desesperado y trata siempre de no sentirse. Se echa al mundo y al sueño del engaño para liberarse de sí y sin conciencia propia soñar su vida. ¡Cuántos de los que se suicidan lo harán por libertarse de sí mismos y no de una vida gravosa! El suicida quiere despojarse de sí, no de su vida; de su alma y su conciencia, no del miserable cuerpo de muerte de que pedía verse libre el Apóstol. Y hay muchos suicidas morales, que se esfuerzan por ahogar su alma en el bullicio y la disipación como esos desgraciados que beben y se emborrachan para entorpecer su conocimiento y abotagarse.

¡Infelices almas que viven huyéndose! ¿Dónde encontrarán reposo?» Unamuno alude a San Pablo. Muchas veces más veremos que se vuelve hacia el viajero luchador. Pasa a ser obsesivo en esta admiración por San Pablo: guerra en la paz.

Uno de los trozos más trágicos que he encontrado en el *Diario*, quizá el eje de toda su crisis, es éste: «Anoche, sábado santo, a la hora de los ejercicios lucha interior. Luego no he podido pegar ojo apenas. Una sequedad enorme.

Hoy, domingo de resurrección y yo no he resucitado todavía a la comunión de los fieles.»

Después de varios días vuelve a escribir:

«Domingo de Quasimodo. 25 abril.

Misa conventual en la parroquia. Plática del párroco, que muchos creen al ir a la Iglesia hacer un favor a Dios, cuando El no necesita de nosotros, sino nosotros de El.

¿Qué es eso de imaginarse un personaje, uno destinado a hacer ruido en la iglesia, y mi conversión a servir de modelo? ¡De cuántas maneras vive la soberbia!».

Junto a estos momentos de búsqueda interior de Dios, del Cristo íntimo, una palabra irrita a Unamuno, ya en su mismo *Diario*: el reinado social de Jesucristo. Comenta así: «Suele ser bandera de partido, con cosas como el el proteccionismo, etc.

«Mi reino no es de este mundo», V, III, 2, 8».

Ya veremos sus agresiones al Jesucristo social, al Corazón de Jesús, etc. Hay que entrar en su alma puritana, de guerra interior para leer sus excesos contra lo externo de la religión.

Termino estas breves citas con estas palabras del Unamuno agresor de si mismo: «Padezco abulia; sin excitante externo no sé resolverme a obrar, y todo mi recuerdo es procurar provocar ese excitante.

Alguna vez se me ocurre la locura de desear una grave enfermedad, un accidente o aprieto que poniéndome cerca de la muerte me mueva a pedir confesión y rompa este estado.»

Insisto en que los textos aportados no pueden decidir nada sobre su problema de fe, y quisiera que no se utilizaran por alguien para tratar de dicho problema sin tener en cuenta todo el *Diario* completo. Con lo transcrito creo que el lector se habrá dado cuenta del estado de guerra de este hombre que anda buscando la fe, la gracia.

Fruto de esta crisis es su obra teatral *La Esfinge*. Su carácter autobiográfico no lo discuten los críticos. El protagonista se llama *Angel*. Es don M'guel. Y no es casual este nombre. Día vendrá en que hablaremos de la obsesión de su nombre, nombre de arcángel.

Siguiendo nuestra búsqueda de las agresiones y de la explicación de las mismas, citamos estos diálogos de *La Esfinge*:

«JOAQUIN.—Piensa bien lo que haces, no sea que te traiga amarguras.

ANGEL.—Es lo que necesito: amarguras, dolores, desprecios, a ver si callan el dolor del alma, la lástima que a mi mismo me tengo...»<sup>59</sup>.

59. *La Esfinge*, Acto I, Escena XII. OC, XII, 248.



Vemos que la amargura y el desprecio son para él solución de un problema, las necesita para curar el dolor del alma.

«TIA RAMONA.—Si viviera tu pobre madre y te viese casada con ese erizo...

EUFEMIA.—Le tiene usted muy mala voluntad, tia, y sin razón para ello. Es brusco, pero, en el fondo, cariñoso.

TIA RAMONA.—Tan en el fondo, que es como si no lo fuese... En el fondo todos somos buenos» <sup>59\*</sup>.

Más veces Unamuno se deja llamar «erizo». Ya hemos visto que prefiere ser llamado así a que le traten de «borrego».

No sólo es «erizo», sino «puerco espín»:

«ANGEL.—(*Entrando*) Se murmura, ¿no es eso? (*Pausa*).

Tiene usted razón, señora, soy un puerco espín. Con usted me he mostrado siempre harto desdeñoso ¡hasta grosero! Y lo cierto es que le debemos gratitud. Perdónemelo todo, que yo le prometo procurar corregirme; ¡perdónemelo, por Dios!» <sup>60</sup>.

Esta mezcla de hombre animal y de hombre ángel, de erizo, puerco espín y hombre arrepentido, provocan en quienes le tratan un diagnóstico: se trata de un neurasténico. Y él, herido, se burla de la palabra. Muchos años más tarde escribirá en el mismo tono. Dicen así los diálogos de *La Esfinge*:

«EUSEBIO.—Buenos días. Veamos al neurasténico.

ANGEL.—¡Neu-ras-té-ni-co...! ¡Qué cosa tan admirable es la ciencia. ¿Quieres que te enseñe la lengua? Debo ser un buen conejo de Indias. Monomanía..., ¿de qué clase? ¡Neurosis..., mielina..., tálamo óptico..., vesanía...! ¡Sois unos estúpidos!

EUSEBIO.—(*Con sorna*) Cuidate del hígado... No se me quita de la cabeza que todo eso que te pasa ha de reconocer por causa algún desarreglo hepático...

ANGEL.—Y ese tu juicio proviene de grasa espiritual, no lo dudes. Mira: toma también el pulso a mi mujer, que padece monomanía de las grandezas y algo de delirio de las persecuciones, y podéis, de paso, recordar los tiempos en que erais novios...

EUFEMIA.—Veo que te parece muy genial eso de hacerte el loco...

EUSEBIO.—Juego peligroso, porque una de las más graves locuras es la de fingirla» <sup>61</sup>.

Ya tenemos a Unamuno defendiéndose de la ciencia por el ataque. Ya empieza a oír que le llaman loco, neurasténico, y que se lo achacan a

59\* Acto II, Escena I, OC, XII, 251.

60. Acto II, Escena I, OC, XII, 252.

61. Acto II, Escena III, OC, XII, 258-259.

deseos de genialidad. Volverá sobre estos pasos cientos de veces. Pero habrá que entenderlo según las leyes del péndulo. No desprecia la ciencia como tal, desprecia a los que en nombre de ella encasillan a una persona, explican lo inexplicable o prescinden de los más graves problemas humanos, como el religioso.

Lo cierto es que en este periodo de la crisis, Unamuno sufre:

«EUFEMIA.—Si supieras lo que sufre...

EUSEBIO.—Y lo que hace sufrir...»<sup>62</sup>.

Unamuno sufre, y porque sufre hace sufrir:

«EUFEMIA.—La menor cosa te escuece...

ANGEL.—Sí, me siento como si despellejada el alma la tuviese en carne viva.

EUFEMIA.—(Con blandura) Sosiégate; entra en razón y no nos hagas sufrir<sup>63</sup>.»

Ante los consejos de su mujer, de los amigos, de la gente, frente a todos ellos, se levanta Unamuno y profundiza:

«ANGEL.—¡Distráete..., haz algo! Hacer algo es distraerse... No, no quiero hacer nada, porque siempre es mucho más grande que la ejecución el propósito. La acción, la expresión misma, empequeñecen la idea. Me bullen aquí (*Señalándose la cabeza*) mil cosas inefables, música pura, pero música silenciosa. Dime, Eufemia: ¿por qué no habrían de entenderse directamente las almas, en íntimo toque, y no a través de esta grosera corteza y por signos? Entonces sí que habría verdadero amor y no este miserable entregarnos uno a otro para poseernos. Todo sería de todos, y nada de nadie... El reino de Dios en la fusión de las almas en una. No, no quiero hacer nada. Apenas despierto se me desvanecen los ensueños más hermosos, y creo que la divina sabiduría está tan dentro de nosotros, tan dentro, que jamás llegaremos a ella...»<sup>64</sup>.

Por boca de *Joaquín* oye *Ángel* este mandato: «Arroja de ti esa egoísta voluptuosidad de la tristeza...»<sup>65</sup>.

Más adelante, en el regreso pendular del guerreador Unamuno, llega el arrepentimiento, la paz: «He querido hacer de vosotros, mis amigos, un comentario a mí: vosotros satélites, y el astro yo...; no he querido que os manifestarais... Y también vosotros tenéis vuestra alma, tan alma como la mía...»<sup>66</sup>.

Este juego trágico de ataques y regresiones, de invasiones y de retornos, esta ley pendular del yo unamuniano queda demasiado clara en su drama

62. Acto II, Escena IV, OC, II, 260-261.

63. Acto II, Escena VI, OC, II, 266.

64. Acto II, Escena VI, OC, II, 265.

65. Acto III, Escena V, OC, II, 302.

66. Acto III, Escena VI, OC, II, 309.

*La Esfinge* como para que insista yo en comentarlo. Están ahí casi todos los gérmenes de sus luchas y de sus paces. Unamuno lo sabe, se confiesa con ejemplaridad, se arrepiente. ¿Se enmienda?

Esta palabra de enmienda tiene un significado demasiado externo como para comprender todo el problema de don Miguel. Quizá se trate de algo tan sencillo como lo que aparece en estas líneas del mismo drama:

«EUFEMIA.—Tienes, Angel, una manera de compadecer que hiere...

ANGEL.—Es porque más que nadie necesito de compasión yo»<sup>67</sup>.

Ya veremos cómo la esencia del amor es compasión, y cómo por compasión no entiende Unamuno una lástima más o menos profunda sino una captación de la limitación del ser humano, una menesterosidad esencial, existencial. Por ahora nos baste retener que la manera de compadecer de Unamuno es hiriente, pero es porque él mismo necesita ser compadecido, es decir, querido, amado.

En el año 1898 sigue aconsejando lucha, pero sin ponerla sobre la ciencia. Son años, los últimos, de época positivista o científicista: «Luche, enhorabuena, cada cual por realizar sus ideales y afirmar su personalidad y la del grupo étnico a que pertenece, pero que no metan, ¡por Dios!, en danza a la ciencia haciéndole decir disparates»<sup>68</sup>.

El 14 de agosto de ese mismo año escribe en «Vida Nueva» (Madrid), un artículo titulado *Fantasia crepuscular*, en que nos recuerda el final de *Paz en la guerra*: «Heraldo de la noche, salió la brisa a impedirme con su frescura el que cayese en completa enajenación o ensimismamiento absorbente»<sup>69</sup>. Es el Unamuno de los paisajes, el contemplador de la naturaleza, el contemplativo.

Pero de ese mismo año existe una carta, escrita el 25 de mayo, y dirigida a su amigo Jiménez Ilundain, en que Unamuno nos da la raíz de muchos de sus ataques, de muchas de sus agresiones. Aunque es largo, leamos todo este problema vocacional: «Hace muchos años ya, siendo yo casi un niño, en la época en que más imbuido estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar un Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje. Y me salió éste: «¡Id y predicad el Evangelio por todas las naciones». Me produjo una impresión muy honda; lo interpreté como un mandato de que me hiciese sacerdote.

Mas, como ya por entonces, a mis quince o dieciséis años, estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tentar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgé de nuevo, fui a casa, abrí otra vez y me salió

67. Acto I, Escena IV, OC, II, 224.

68. *La ciencia y el regionalismo*, en «Las Noticias» (Barcelona), 23 de septiembre de 1898, OC, VI, 324.

69. OC, I, 78.

este versillo, el 27 del capítulo IX de S. Juan: «Respondiédos: Ya os lo he dicho y no habéis atendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?» No puedo explicarle la impresión que esto me produjo.

Hoy todavía, después de 16 ó 18 años, recuerdo aquella mañana, solo, en mi gabinete, En mucho tiempo repercutió la sentencia en mi interior y el recuerdo de aquellas palabras me ha seguido siempre. Lo he contado varias veces a mis amigos, explicándolo de un modo o de otro, pero siempre he llevado grabado en el alma este suceso. Y cuando hace un año senti como una súbita visita de aquellos sobresaltos e inquietudes, resurgió con nueva fuerza en mi alma el recuerdo de esa extraña experiencia de mi juventud»<sup>70</sup>.

No me importa ahora decir si se trataba de vocación sacerdotal o no. José María Pemán opina que ha habido ahí una «gracia resistida». El P. Ch. Moeller piensa que Unamuno era un hombre para el hogar, para la mujer y los hijos. Yo quiero prescindir de lo objetivo de esta cuestión —tan subjetiva, por otra parte—, y dejar señaladas ciertas palabras: poner el dedo sobre algún pasaje, impresión muy honda, mandato, impresión, hoy todavía, súbita visita de aquellos sobresaltos e inquietudes. Nos encontramos en un mundo sin paz. Estamos en una guerra dentro de la paz externa. La crisis de 1897 tiene relación directa con esta extraña experiencia de juventud.

Hasta qué punto influyó esto en su vida, trataré de estudiarlo en otra ocasión. Don Miguel sentía muchas cosas en cura: ser predicador, ser confesor, hablaba de su celda, vestía como un sacerdote laico. Y atacaba a muchas cosas de los curas. Sus agresiones pueden ser nostalgia, cariño.

---

70. BENITEZ, Hernán, *El drama religioso de Unamuno*, pp. 267-268. El que entendía la vocación sacerdotal de una manera tan directa y clara por parte de Dios y él que sentía comeción por no seguirla, no es extraño que cuando encuentre vocaciones de otro tono escriba así, agrediendo: «Allí, en una tarde de recojida e íntima expansión, supo cómo la guerra había ofrecido coyuntura de libertad a uno de sus compañeros, seminarista al tiempo de salir al campo. Obligábasele sus padres a seguir el sacerdocio; la vocación, la verdadera vocación era la de su madre, vocación de ama de cura. ¡Tener un hijo cura, guardarle los ornamentos, recoger las oblatas, ir a darse importancia cuando predicara el hijo! Tenerlo en casa siempre, sin más obligaciones de familia que la anciana madre; el hijo cura, el hijo cura es el verdadero báculo de la vejez. Tenían, además, en él los demás hijos para los suyos un tío, un paño de lágrimas. Y, sobre todo, ¿cabe familia de algún desahogo sin un miembro de ella en el sacerdocio, dándole lustre e importancia? El celibato sacerdotal decide de la vocación de las madres. El chico no quería, iba la carrera aquella contra sus inclinaciones, pero cedía a sus padres, porque, después de todo, ¿qué más le daba? Mas una vez libre y en campaña, apareció el hombre desnudo». (*Paz en la guerra*, OC, II, 221).

Acercas de la vocación de Unamuno véase lo que dice Charles Moeller: «Como H. Benítez, tampoco yo creo que esta negativa [de la vocación] sea la clave de todo el problema, según piensa J. M. Pemán, *A B C*, Madrid, 29 de mayo de 1949, «Unamuno o la gracia resistida»; Dios no abandona jamás a un alma, aunque ésta haya rechazado una llamada a la vida de los consejos evangélicos». Cf. *Literatura del siglo xx y cristianismo*, IV. La esperanza en Dios Padre, p. 71, nota 20.

Creo que hay aquí un tema céntrico para hablar de su yo pendular, para estudiar sus oscilaciones clericales-anticlericales.

### 3. *Agresiones a los intelectuales*

En el verano de 1899 aparece en «Revista Nueva» (Madrid), su ensayo *De la enseñanza superior en España*: «Todos los años, desde que soy catedrático, me dejan los exámenes en el alma estela de pesar y de desconfianza, dejo de amargura. ¿Es ésta la juventud que hacemos? —me digo—. ¡Jóvenes sin juventud alguna! ¡Forzados de la ciencia oficial! El espectáculo es deprimiente»<sup>71</sup>.

Este sentidor, como se llamó tantas veces, ataca así a los maestros de su tiempo, a los examinadores. Ved el sarcasmo, la agresión hiriente: «Bola número quince... ¡Terencio! ¿Dónde nació Terencio? Recíteme usted su cédula de vecindad, sus ires y venires, los títulos de sus obras, el argumento de alguna de ellas y el juicio que le merece al autor del manualeté. Y Terencio resulta así un nombre, algo muerto y enterrado, un Fulano de gacetilla. ¡Excelente sistema para matar el apetito de aprender!»<sup>72</sup>.

Agresión a un «hecho», y agresión a un «dicho»: «El saber no ocupa lugar. Esta maldita fórmula ha encubierto estragos. Sí, el saber ocupa lugar, ¡vaya si lo ocupa! Y cuando menos, nadie pondrá en duda que el aprender ocupa tiempo, y que éste es irreversible; se va para nunca jamás volver... ¡Nunca jamás! ¡Tiempo! ¿Qué nos importa de él aquí donde lo hacemos para matarlo? Es algo inaudito, un devorarnos mutuamente; porque mientras Cronos nos traga a nosotros, sus hijos nos le tragamos a él. Y así no quedan ni los rabos, ni tenemos tiempo ni hombres»<sup>73</sup>. Esas frases que se repiten con mucho de verdad, pero que son destructoras por lo que llevan de mentira, de excusa o de pereza, las retuerce don Miguel hasta hacerlas piltrafas para que no hagan estragos. En ese momento de lucha, de agresión, parece injusto. Tal vez lo es. Pero él es un pasional, un buscador de hombres y llega a ellos como sea, aunque a veces atropelle por el camino a otros hombres.

Ve aquí otra agresión más aparente que real. Está asqueado de la erudición y dice así ganando en brillantez y en profundidad lo que pierde en justeza: «La atención española es viva, sí, pero poco tenaz; se cansa pronto, no medita. Rara vez pasa de la erudición. Aquí donde ha habido tanto comentarista de teología, no hemos tenido ni un solo teólogo ge-

71. OC, III, 59.

72. OC, III, 59.

73. OC, III, 59.

nial, y la prueba es que no ha habido grandes herejes» <sup>74</sup>. Dos cosas falsas, si se dijeran sin pasión, pero verdaderamente eficaces para que los que se creen teólogos pasen de la superficialidad erudita a la profundización en problemas. Y quien dice de teología, dice de cualquier otra ciencia.

Sí, porque el ataque que ha hecho a los teólogos se completa por ley pendular con el ataque, ahora más fuerte y maligno, a los ateólogos: «Nuestros anticlericales son por dentro archiclericales del laicismo, teólogos del revés, como les llamó *Clarín*. Hasta los que combaten el dogmatismo se hacen aquí dogmáticos del antidogmatismo. Ved cuando brota un espíritu libre, de veras libre, empapado en el principio fecundo de la relatividad de todo conocimiento, exhalando vaho de humana tolerancia; negros y blancos se unen contra él, y le tratan o de loco o de hipócrita. Hay que alistarse en algún bando» <sup>75</sup>.

A las pocas páginas grita contra los clericales, ahora contra los jesuitas más directamente, y dice: «Es, además, la asignatura una enseñanza tendenciosa, a tiro hecho. «Refútese... tal o cual cosa», «Deplorables consecuencias de la Revolución francesa», «Funestos resultados del reinado de Felipe II». Es la concepción polemística en que se han distinguido siempre los jesuitas. La filosofía es un campo de batalla, el que Dios dejó entregado a las disputas de los hombres, y todo se vuelve tajos y mandobles, botes y rebotes, escaramuzas y duelos. No es más que una vocinglería de gritos discordantes, de que sale siempre vencedor *el nuestro*. Y luego, por si el alumno no lo ha conocido, se añade: «queda, pues, evidentemente demostrado que..., etc», es decir, «este es un gallo» <sup>76</sup>. Como si se contradijera este batallador, rechaza ahora la guerra de tajos y mandobles, la polémica. Pero no. No se contradice, oscila. Quiere la guerra, pero no la del que a priori ya es vencedor, la de *a tiro hecho*. Guerrear es un ideal, una manera, la más profunda, de encontrar la paz, pero antes de la guerra ser ya el vencedor es una crueldad, es inhumano.

Otra de las cosas que más oía en su tiempo era lo de las funestas consecuencias de una doctrina: «Y, sobre todo, las funestas consecuencias, ¡oh, las funestas consecuencias! Si viene el ciclón destruirá cosechas, arrasará hogares, hará naufragar a las pobres lanchas pescadoras, sembrará desolación y duelo..., luego el ciclón no puede venir.

Y estas funestas consecuencias se establecen con toda la peor fe posible, haciéndole decir al adversario lo que se quiere que diga, aunque sea citando pasajes suyos, como aquel que según el fraile socarrón encierra el credo: «Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado» <sup>77</sup>. Una-

74. OC, III, 65-66.

75. OC, III, 67.

76. OC, III, 76.

77. OC, III, 76.

muno se pone incandescente, siente por dentro la ilógica de la lógica mecánica, y se lanza a otra lógica aparentemente absurda. Y en el ardor lanza venablos contra algo subconsciente. Antes fueron los jesuitas, ahora es un fraile, y no queda tampoco bien parado Cristo. Pero él no va a esto. Va a destruir el argumento dogmático de las «funestas consecuencias». Y lo consigue, pendularmente, extremosamente, hiriendo.

Lo que más le irrita es la injusticia de un método que se adopta apriorísticamente, con un falso orden: «Hay un procedimiento, ya clásico, de exposición; primero, lo último, la tesis, el blanco a que hay que dar, el dogma; luego las objeciones y el deshacerlas; y por último, las pruebas de la tesis. El orden no puede ser más disparatado. Arranca de la teología, donde lo primero, el dato, lo dado, es el dogma, y se trata de encajarlo y acomodarlo en el organismo total de los conocimientos; viene tal proceder de la teología, en que el teólogo parte de principios que da como venidos del cielo, revelados, datos primeros de su labor. Y tal procedimiento se lleva a otras ciencias, asentando la tesis como dogmas revelados»<sup>78</sup>. La crítica no va directamente contra el método de la teología, sino contra el uso del mismo en otras ciencias, pero la agresión más fuerte la recibe aquí la teología. Por esa tendencia que tiene a meterse en las cosas de los curas, por esa tendencia al antidogmatismo en las cosas religiosas, Unamuno va llevando su agresión cada vez más directamente contra la escolástica de su tiempo. Acierta, destroza algo que se da por válido y que no lo es, pero para todo ello usa la agresión, la exageración, la extremosidad: «¡Cuando recuerdo los años que pasé enfrascándome en toda esa palabrería escolástica, en todas las consistiduras y en todas las razones de consuno con la experiencia gañanesca! Inducción y análisis querían decir lo mismo, lo mismo particular que concreto»<sup>79</sup>.

Pero cuando está terminando de destruir pasionalmente un dogmatismo termina él mismo en otro. Notad el paréntesis: «Por fin he llegado a una conclusión (¡también yo llego a conclusiones!), y es la de que por muchos se cultiva de intento la ignorancia. Sí, hay profesores que dense o no se den de ello cuenta, cultivan la ignorancia del país, por aquello de: eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante, doctores tiene..., etc. Cultivase la ignorancia como se cultiva la pobreza, como un caldo que atenúe más *funestas consecuencias*, como una vacuna contra la viruela de la *filosofía moderna*»<sup>80</sup>. Y ya metido en el huracán de la ira, sube hasta afirmaciones que hay que entender en sentido dinámico, unidas al dolor de las páginas anteriores: «Hay que predicar sin descanso la san-

---

78. OC, III, 77.

79. OC, III, 79.

80. OC, III, 82.

tividad de la utopía, su imprescindibleidad y la necesidad ineludible de la hipótesis. Cuando alguno de los enamorados de nuestra castiza salud gafiñesca, alguno de esos jayanes del espíritu que lleva a cuestras sus asignaturas como un mozo de cordel un fardo, me habla con lástima de esa tropa de *desequilibrados* que infectan a otros países, de todos esos *locos* que sólo de extravagancias viven, se me ocurre pensar: ¿es que nos queda aquí materia enloquecible? Ni locos tenemos; he aquí una gran desgracia. Porque los más de los que lo parecen son tontos, que fingen estarlo»<sup>81</sup>.

Una de las fuentes de más iras y de más agresiones del yo pendular unamuniano es la ignorancia, la ignorancia buscada, cultivada. En la tontería ve malicia. Y le ataca de frente, locamente, haciéndose el loco, quijotescaamente. Sin embargo, tampoco está de acuerdo con esa manía de la ciencia soberbia, de la especialización, de la deshumanización del conocimiento, del análisis de los especialistas. He aquí sus maldiciones certeras: «Luego ha venido la racha del especialismo, y la invasión de los caza-vocablos, pincha-ranas, atrapa-mosquitos y cuenta-gotas de toda laya»<sup>82</sup>. Si podían sonreír los modernos analistas de las ciencias positivas, Unamuno, pendularmente, vuelve vertiginosamente de la crítica de lo viejo a la crítica de lo nuevo y deja a los modernos hombres de la ciencia positiva tan heridos como a los viejos teólogos de los dogmas prefabricados.

Y como la lucha suya es siempre la misma, hay párrafos en que se vuelve al mismo tiempo contra ambos enemigos. Queda él sólo contra unos y otros, ofendiéndoles a ambos: «Lo más curioso en esto del latín es que, por ser el lenguaje oficial de la Iglesia, se imaginan muchos que sea una enseñanza instrumento de eso que se suele llamar reacción. «El latín es cosa de curas», repiten. ¡Ojalá lo supiesen bien!

Cuando se declama contra la enseñanza del latín declámase a la vez contra la de la religión, uniéndolos en una misma suerte. Y luego resulta que aquí no se enseña ni latín ni religión, ni aun en los seminarios»<sup>83</sup>.

Y luego estas palabras desconcertantes para el que haya leído aquellas de crítica del método escolástico: «Se ha constituido una escuela de *estudios superiores* en cierta diócesis, junto al seminario o más bien frente a él y en esa escuela antigüedades orientales, asirias y caldaicas y babilónicas, y dale que le das a lo de los siete días y al diluvio; pero del estado de la conciencia religiosa cristiana hoy, fuera de la Iglesia católica y aun dentro de ella..., ni una palabra. ¡Mucho ojo! No nos salga por ahí un P. Hecker, o un monseñor Ireland; no hay que jugar con fuego. Mucho polvo de erudición a los ojos, y ¡cuidadito con meterse en la embriología

---

81. OC, III, 88.

82. OC, III, 92.

83. OC, III, 99.



del dogma!»<sup>84</sup>. Creo, sin embargo, que puede leerse lo anterior sin escándalo ninguno, y haciendo que el péndulo busque el centro del reposo: menos dogma prefabricado, cerrado, de manual; más ciencia, más análisis, más historia del nacimiento del dogma, de su embriología, pero menos erudición, menos historia separada de la vida, más celo o preocupación por lo que llamaríamos pastoral o inquietud por la salvación de los hombres. Así los extremos falsos nos van marcando un sendero central verdadero. Pero junto al camino quedan muchos heridos, y hay muchas curvas innecesarias. Son los defectos pasionales de la pendulación, son el germen del Unamuno legendario atacador. En este caso se refería a la diócesis de Salamanca y a la Escuela de Estudios Superiores fundada por el P. Cámara en el edificio de Calatrava.

Al final de este mismo año, en noviembre de 1899, escribe don Miguel en «Revista Nueva» (Madrid), su ensayo *Nicodemo el fariseo*. Vuelve a repetir sus ataques a los intelectuales, sobre todo por el afán de novedades y por el complejo parisiense de estar al día: «También nuestros intelectuales se pasan el tiempo hablando de la última novedad y comentándola oliendo el olor a tinta fresca del último libro llegado de París, mientras por el buen parecer refrenan los impulsos del corazón que les quede. También llega a interesarles, como curiosidad, el problema religioso; pero no se acercan a él con sencillez de espíritu, no se abandonan, porque allá, en su interior, lo temen. No quieren despertarse»<sup>85</sup>. Este ensayo fruto de sus crisis últimas fue una conferencia dada por su autor en el Ateneo de Madrid el 13 de noviembre de ese año. Parece un sermón dirigido en plan de ataque a los satisfechos ateos del positivismo copiado o a los superficiales curiosos de preocupaciones religiosas. Enciende la saeta y la lanza contra el auditorio. Ataca, por cariño. Por amor o por compasión del pecador, aunque por odio al pecado: «Aprende a odiar tanto al pecado, cuanto a compadecer y amar al pecador, porque el odio al mal está en inversa razón con el odio al agente del mal mismo. Mientras no llegues a que a la vista del infeliz que cometió horrendo crimen se te escape del pecho este amoroso grito ¡pobre hermano!, mientras a esto no llegues, no serás radicalmente bueno, del todo cristiano»<sup>86</sup>.

Junto a estos ataques al intelectualismo racionalista y al positivismo, encontramos en el Unamuno de este año una repulsión que será habitual en él: la de ser llamado «sabio». Sabio es la cumbre a que puede llegar un intelectual como adquisición de fama. El la rechaza, aunque no pueda su-

---

84. OC, III, 105-106.

85. OC, III, 126.

86. OC, III, 133.

primir su atracción. Atracción continua que explicará la frecuencia de las repulsas y la intensidad de las mismas. Le dice en carta a Ruiz Contreras el 22 de junio de 1899: «Me fastidia cuando alguien, con la mejor intención del mundo, me llama «sabio», porque es un mote que sólo sirve de espantajo para la mayoría de los lectores. Sé bien que, en una gran parte del público, encuentran resistencia mis escritos, y me consta que más de uno que ha dicho que parece imposible que sea el mismo el que hace unas cosas y otras (refiriéndose a mis trabajos intelectuales y cordiales). Mientras yo, terco como un buen vizcaino, sólo cultivo los primeros para afianzar y ensanchar mi firma y poder pasar bajo ella los segundos. Cuando me produzco lógicamente, no soy «yo»: es el condenado catedrático de que estoy poseído; y, en cambio, respiro a mis anchas cuando puedo volar por las regiones nebulosas del pensamiento protoplasmático, sin ideas ni conceptos definidos, por aquellas alturas en que se funden el sentimiento, la fantasía y la razón, en que se amalgama la Metafísica y la Poesía. Mi poema «Nubes de misterio» es una pintura de este estado»<sup>87</sup>.

Así dice en este poema que incorporó al tomo de *Poesías*:

«Entonces me rodean los misterios  
 haciéndome soñar nubes fantásticas,  
 quimeras sin contornos definidos,  
 de ondulante perfil, figuras vagas,  
 visiones fugitivas de otros mundos  
 que se hacen y deshacen sin parada,  
 sin dejarme su imagen, ni me quede  
 estela o nimbo alguno de su marcha»<sup>88</sup>.

Un mes antes, le había escrito a Jiménez Ilundain: «¿Qué quiere usted que le diga, amigo Jiménez? ¡Esas mis nebulosidades es lo que más amo! Sólo la niebla, el matiz, el nimbo que envuelve a las cosas da la vida profunda. Aborrezco la engañosa diafanidad latina. Entre mis poesías, claras todas, hay una «Alborada espiritual», la más íntima, las más mía, en que vierto lo más dulce de mis crisis cordiales en simbolismo tenue y nebuloso. Hay que aspirar a la poesía *nouménica*, sin quedarse en la *fenoménica*; que ponga algo el lector, que se deje sugerir»<sup>89</sup>.

Unamuno cuenta siempre con el trabajo del lector, con la terminación del pensamiento que él inicia nebulosamente, caóticamente, entre contradicciones tantas veces. Lo leído es fruto de colaboración del escritor y del que lee. Así escribía don Miguel, y así leía. Por eso cuando se le quiere

87. OC, XIII, 29-30. Citado por M. García Blanco.

88. OC, XIII, 337-338.

89. BENITEZ, *El drama religioso...*, p. 296.

estudiar como «comentarista» de un libro cualquiera es muy difícil seguirle, si no se tiene en cuenta que el lector y el escritor son seres complementarios.

Como final del año 1899 quiero aducir las palabras de Pedro Jiménez Ilundain a Enrique Areilza en carta escrita desde París: «Para mí Unamuno es un enfermo cerebral, atacado de manía religiosa y torturado por el más allá; pero simpático, y que, por lo menos, me causa lástima. Tengo fe en que se curará y que llegará a demostrar todo su valer. Por mi parte hago cuanto puedo para conseguirlo, pero con resultado casi nulo, por ser yo muy poco médico para tal enfermo»<sup>90</sup>. Jiménez Ilundain era un hombre de negocios que no creía en Dios y consideraba como enfermedad la preocupación por los problemas religiosos de su amigo Unamuno. Don Miguel vive la guerra en la paz. Guerra entre los dos partidos extremos: los clericales y los anticlericales. A ambos desprecia, ataca, embiste, para que hurguen en el hondón del alma la verdad de las cosas —por la ciencia—, y la verdad del hombre —por la religión.

#### 4. ¡Hiéreles por amor!

El Unamuno que veía paz mientras los otros se creían en guerra, el Unamuno que vivía la guerra en su soledad aparentemente pacífica, empieza en el año 1900 a convertir lo que él cree defecto personal en sistema de caridad. En lugar de callar sus tendencias agresivas las empieza a airear, como por reacción de hombre acomplejado. Sigamos sus producciones, rehagamos al leerle su vida interior.

En junio de 1900 publica un artículo titulado *Mi bochito*, en «El Centenario» (Bilbao), y escribe estas palabras que otro hubiera omitido: «Tengo por un misterio augusto el del influjo que en mi concepción de la vida haya podido ejercer aquella visión frecuente del matadero, con su suelo de losas, sobre que corrian agua y sangre, y aquellas mujeres que parecían bailar baile silencioso y hiératico, mientras ayudándose de una cuerda, desangraban a golpes de pie las reses muertas»<sup>91</sup>. Peligrosa confesión puesta en mano de sus enemigos. Pero él se goza en ella, porque está convirtiendo en doctrina lo que pudiera verse como debilidad personal. Y no quiero que el lector pase por alto la unión que hace entre sangre, muerte y religiosidad: agresividad, más allá, Dios. Sólo queda apuntada la alusión.

90. BENITEZ, *El drama religioso...*, p. 305.

91. OC, I, 218-219.

92. *Epistolario, I. Obras Completas*, XIII. Madrid, 1926. Apéndice, pp. 161-180. Citado por García Blanco en OC, II, 20-21.

Una de las causas de más irritaciones en su vida será el tema de las grandes ciudades. Primero, Madrid; más tarde, París. En carta de 8 de febrero de 1900 a Rubén Darío le escribe: «Huí de ahí, de Madrid, en cuanto pude. Y cuando me dicen que ése es mi centro, me digo: mi centro soy yo..., porque vale más ser ola pasajera en el Océano, que charco muerto en la hondonada. No quiero que me señalen el camino hecho a cordel que he de seguir; quiero abrirme el mío con mis propios pies; a campo traviesa, y pisando sus sementeras si es preciso. Me han dicho algunos que así no se va a ninguna *parte*. A donde quiera que vaya a dar daré mi todo, y no la *parte* que ellos me señalen. Si la fórmula de mi individualidad es complicada, no voy a simplificarla para que entre en su álgebra; más vale ser cantidad irracional que guarismo en su cuenta... He aquí un anticipo de *algunos* de los puntos que forman el núcleo de mi ensayo [¡Adentro!]. Se los comunico porque me los sugirió ahí, en Madrid, un estado de ánimo muy análogo al que usted me describe como hallándose en él»<sup>92</sup>.

Lo primero de que se queja es del encasillamiento, del mote, de la clasificación que a uno le quieren poner para que sea esclavo de ellos: «Tendrás que soportar mucho porque nada irrita al jacobino tanto como el que alguien se le escape de sus casillas; acaba por cobrar odio al que no se pliega a sus clasificaciones, diputándole de loco o de hipócrita. ¿Que te dicen que te contradices? Sé sincero siempre, ten en paz tu corazón, y no hagas caso, que si fueses sincero y de corazón apaciguado, es que la contradicción está en sus cabezas y no en tí»<sup>93</sup>. Unamuno, el que se irrita ante la modorra y la paz muerta del prójimo, aconseja ahora paz ante las irritaciones de los jacobinos. Ante sus irritaciones, paz, corazón apaciguado. Y alude de paso a dardos que le hieren: loco, hipócrita: «Te repito que te prepares a soportar mucho, porque los cargos tácitos que con nuestra conducta hacemos al prójimo son los que más en lo vivo le duelen. Te atacan por lo que piensas; pero les hieres por lo que haces. Hieres, hiéreles por amor. Prepárate a todo, y para ello toma al tiempo de aliado»<sup>94</sup>.

El péndulo cruza de un extremo a otro con vértigo. Hiéreles, hiéreles. Hiéreles por lo que haces. Es el extremo de la agresividad convertido no en caída sino en mandato, no en debilidad del que no se domina, sino en consigna y norma del que es fuerte. Hiéreles. Pero el péndulo termina en el extremo contrario: por amor. El amor no está en el centro pacífico, sino en la pausa del dolor, en el resultado de la cura. Hiéreles por amor. «Y, entre tanto, resignación, resignación activa, que no consiste en sufrir sin lucha,

93. ¡Adentro!, OC, III, 421-422.

94. OC, III, 422.

sino en no apesadumbrarse por lo pasado ni acongojarse por lo irremediable; en mirar al porvenir siempre. Porque ten en cuenta que sólo el porvenir es reino de libertad; pues así que algo se vierte al tiempo, a su ceñidor queda sujeto» <sup>95</sup>. Otras dos palabras juntadas por primera vez: resignación-activa. Péndulo. *Resignación*, es decir, sufrimiento, pasividad, pasión; *activa*. Y, sin embargo, en esa agrupación de contrarios nos da Unamuno una profundización de existencia. Existencia que tiene que verificarse en el tiempo, existencia que estará entre la oscilación del pasado al futuro, y del futuro al pasado sin apenas detenerse en el centro del presente: «Ni lo pasado puede ser más que como fué, ni cabe que lo presente sea más que como es; el puede ser, es siempre futuro. No sea tu pesar por lo que hiciste más que propósito de futuro mejoramiento; todo otro arrepentimiento es muerte, y nada más que muerte. Puede creerse en el pasado; fé sólo en el porvenir se tiene, sólo en la libertad. Y la libertad es ideal y nada más que ideal, y en serlo está precisamente su fuerza toda. Es ideal e interior, es la esencia misma de nuestro posesionamiento del mundo, al interiorizarlo. Deja a los que creen en apocalipsis y milenarios que aguarden que el ideal les baje de las nubes y tome cuerpo a sus ojos y puedan palparlo. ¡Tú, créelo verdadero ideal, siempre futuro y utópico siempre, *utópico*, esto es: de ningún lugar, y espera! Espera, que sólo el que espera vive; pero teme al día en que se te conviertan en recuerdos las esperanzas al dejar el futuro, y para evitarlo haz de tus recuerdos esperanzas, pues porque has vivido vivirás» <sup>96</sup>. Este misterio del tiempo, que tanto preocupará a Unamuno según va ahondando en su sentimiento trágico de la vida, toma para él, con insistencia machacona, como casi todas sus cosas, una fórmula pendular: recuerdos-esperanzas. Un antes y un después sin pronunciar el ahora, pero sabiendo que el lector pondrá ese ahora central.

Y después, las palabras egotistas, no egoístas, que también repetirá cientos de veces: «No te creas más, ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pon tu principal empeño» <sup>97</sup>. De esta afirmación, más exagerada en otras ocasiones, le vendrán a Unamuno muchos ataques: le llamarán soberbio, vanidoso, egoísta, etc., pero él responderá que está defendiendo los yos de todos los hombres al defender el suyo propio: «Todos tus amigos son a aconsejarte: «Ve por aquí», «ve por allí», «no te desparra-mes», «concentra tu acción», «orientate», «no te pierdas en la inconcreción». No les hagas caso y da de ti lo que más les moleste, que es lo que más les conviene. Ya te lo tengo dicho: no te aceptarán de grado lo tuyo;

95. OC, III, 422.

96. OC, III, 422-423.

97. OC, III, 423-424.

querrán tus ideas, que no son en realidad tuyas»<sup>98</sup>. Es otra fórmula pendular de presentar un programa de acción. Antes se juntaban estas dos palabras: hiérelas-amor; ahora junta estas otras: moleste-conviene. Y en ambos casos está defendiendo la individualidad de cada hombre, y está aconsejando profundización en ella: serlo a conciencia.

En mismo año de 1900, y en el mismo libro, titulado *Tres ensayos*, aparece el de *La ideocracia*, que más brevemente había publicado en «Vida Nueva», el 4 de junio de 1899, con el título de *La tiranía de las ideas*, y añadiendo al final: En Salamanca, primavera de ese mismo año.

Sin entrar en el contenido de dicho escrito, entresaco los textos siguientes para el tema que estoy tratando a lo largo de este artículo: «Aborrezco toda etiqueta; pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de *ideoclasta*, rompe-ideas. ¿Qué cómo quiero romperlas? Como las botas, haciéndolas mías y usándolas»<sup>99</sup>. Con esta aparente contradicción de romper las ideas usándolas, necesitamos una explicación. El nos la da, más tarde, aunque de momento ya nos ha desconcertado, con agresividad de forma: «Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo en cuanto idea, es a lo que aspiro. Luego que les saco el jugo, arrojo de la boca la pulpa; las estrujo, y ¡fuera con ellas! Quiero ser su dueño, no su esclavo. Porque esclavos le son esos hombres de arraigadas convicciones, sin sentido del matiz ni del nimbo que envuelve y aúna a los contrarios; esclavos les son todos los sectarios, los ideócratas todos»<sup>100</sup>. El texto citado es claro, fuerte, termina con lo que estamos buscando: unión de contrarios. Y al terminar, al llegar el péndulo al centro, se engendra un equilibrio momentáneo; llega por un momento la paz. Ved cómo don Miguel, el agresivo, busca el medio: «Necesario, o más bien inevitable, es tener ideas, sí, como ojos y manos; mas para conseguirlo, hay que no ser tenido de ellas. No es rico el poseído por el dinero, sino quien lo posee. El que calienta las ideas en el foco de su corazón es quien de veras se las hace propias; allí, en ese sagrado fogón, las quema y consume, como combustible. Son vehículo, no más que vehículo de espíritu; son átomos que sólo por el movimiento y ritmo que transmiten sirven, átomos impenetrables, como los hipotéticos de la materia que por su movimiento nos dan calor»<sup>101</sup>.

Contra la tiranía de las ideas o sea contra ideocracia, Unamuno predica tolerancia: «La maldad, ¿está en el juez o en el reo? Sólo la tolerancia puede apagar en amor la maldad humana, y la tolerancia sólo brota potente sobre el derrumbamiento de la ideocracia»<sup>102</sup>. Eso de que la maldad

98. OC, III, 425.

99. *La ideocracia*, OC, III, 428.

100. OC, III, 430.

101. OC, III, 430.

102. OC, III, 430-431.

esté en el juez y no en el reo es otra agresión más de don Miguel. Agresión en busca de amor, de tolerancia.

«Entre todos los derechos íntimos que tenemos que conquistar, no tanto de las leyes cuanto de las costumbres, no es el menos preciso el inalienable derecho a contradecirme, a ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre, a afirmar mis distintos aspectos trabajando para que mi vida los integre»<sup>103</sup>. El tema de las contradicciones es otro de los temas maniáticos del profesor salmantino: el inalienable derecho a contradecirme. Mas pecaría de superficial quien en la contradicción no viera más que disidencia, rotura y no integración. Y, además del derecho a contradecirse, el derecho a la paradoja y la admiración por los escritores paradójicos: «Suelo encontrar más compactos, más iguales y más coherentes en su complejidad a los escritores paradójicos y contradictorios que a los que se pasan la vida haciendo de incommovibles apóstoles de una sola doctrina, esclavos de una idea»<sup>104</sup>.

Algo que durante mucho tiempo no vieron los críticos de Unamuno fue su unidad de pensamiento y de sentimiento. Se dejaron llevar de las abundantes contradicciones y de sus paradojas y creyeron que era un hombre cambiante. Y lo era, pero consecuente en el cambio, con unidad dinámica, como la de un río con aguas distintas siempre: «Celébrase la consecuencia de éstos [los esclavos de una idea] como si no cupiese ser consecuente en la versatilidad, y no fuera ésta la manifestación de una fecundísima virtud del espíritu. Dejemos que los ideócratas rindan culto a esos estilistas, ¡pobrecitos!, encaramados en su columna doctrinal. ¿Por qué he de ser pedrusco sujeto a tierra, y no nube que se bañe en aire y luz?»<sup>105</sup>.

«Entristece oír que nos celebren lo menos nuestro tomándonos así de arca de conocimientos y no de espíritus vivos, como appena que delante de nuestros hijos naturales, de las flores de nuestro espíritu todo, nos alaben a los adoptivos, a las meras excreciones de la mente. Hay elogios que desalientan. Por mi parte, cuando amigos oficiosos me aconsejan que *haga* lingüística y concrete mi labor, es cuando con mayor ahinco me pongo a repasar mis pobres poesías, a verter en ellas mi preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu; entonces es cuando con mayor deleite me baño en nubes de misterio»<sup>106</sup>. Frente a los hijos adoptivos, los hijos naturales; frente a los quehaceres lingüísticos, sus poesías; frente a la concreción de su labor, la inconcreción de su espíritu; frente al pedrusco, la nube; cuanto más consejos de amigos, más ahinco en olvidarlos. Yo pendular, espíritu de contradicción, palabra paradójica, pero unidad de viven-

103. OC, III, 431.

104. OC, III, 431.

105. OC, III, 431.

106. OC, III, 432-433.

cia, búsqueda siempre de lo más hondo de su yo, cariño al hombre, compasión, lástima, y todo ello a base de agresiones. Auténticas y mortificantes, pero bienhechoras con frecuencia y con mayor frecuencia de buena intención.

Si en el ensayo *La ideocracia* ataca a los espíritus compactos de una doctrina que les esclaviza, en otro ensayo, titulado *Aduaneros literarios*, publicado en «El Correo» (Valencia), el día 3 de marzo de ese mismo año de 1900, embiste contra el otro extremo, el de los eruditos, los hombres que reciben todas las ideas: «¡Peste de eruditismo!, ¡cuándo nos libraremos de ella...! Porque la erudición es una forma de haraganería, como pienso demostrarlo; la cuestión es no meditar. Cuesta mucho menos citar, extraer, compilar, cocinar. Es mucho más fácil ser canal que manantial. ¡Peste de eruditismo!»<sup>107</sup>. Si el ataque anterior iba contra los viejos, contra los de las ideas fijas, la embestida de hoy se dirige contra los nuevos, contra las modas de la ciencia amontonadora. Pero Unamuno no ataca a unos y otros por razones de tradición o de novedad, ataca por falta de vida, de verdad, en ambos extremos. Y es curioso que él, el extremoso, esté casi siempre haciendo de puente de unión entre extremos, y lo haga a su vez extremosamente. ¡Qué temple! Un verdadero nexo de contradicciones, como las direcciones de la sangre en el cuerpo humano. Direcciones opuestas de marcha y venida al corazón, pero unificadas en él: «No hay unas cosas nuevas y otras viejas bajo el sol, no. Todo es nuevo, que quiere decir tanto como que nada lo es, según se tome. Porque todo lo que por el tiempo discurre tiene en la eternidad sus raíces. ¡*Nihil novum sub sole!* ¡*Omne novum sub sole!*»<sup>108</sup>.

Y de nuevo, el día 17 de mayo, en «Las Noticias» (Barcelona), escribe un artículo contra los eruditos que titula significativamente así: *Dejar los andamios*: «¿No habéis visto esas obras atestadas de citas y cubiertas por todo un andamiaje de erudición? ¿No habéis leído a esos pobres escritores que no saben dar un paso sin apoyarse en la autoridad de fulano o mengano, y que buscan el que se diga: «¡Cuánto ha leído este hombre!»? ¿No os habéis echado a los ojos la obra de algún erudito? Son de los que dejan los andamios, porque maldita la confianza que en su torre tienen»<sup>109</sup>. Ya hemos visto cómo rechazaba el mote de «sabio»; ahora sabemos por qué: «Desgraciado el país en que los *sabios* ahoguen a los pensadores, y los *eruditos* oscurezcan a los videntes»<sup>110</sup>. En este artículo, a pesar de los ataques, de las agresiones, vemos desde el principio la esperada quietud del péndulo. No rechaza los andamios; protesta de que una vez terminada la

107. OC, V, 804.

108. OC, V, 804.

109. OC, V, 814.

110. OC, V, 816.



torre se «dejen» los andamios: «De todo hace falta en la viña del Señor, sin duda, pero nada más falta que uvas» <sup>111</sup>. Es claro, que de todo, pero hay que jerarquizar valores, como diríamos hoy, hay que profundizar, hay que afirmar que en la viña lo único necesario, lo verdaderamente necesario, lo que no puede faltar, son las uvas.

Ortega y Gasset se iba a dedicar toda su vida a halagar a los jóvenes, a ser su profeta, a ser su maestro. Unamuno está en el vértice contrario; escribe un artículo en este mismo año que titula: *Contra "los jóvenes"*.

El jabalí vasco quiere atacar a «los jóvenes». Y fijémonos en el entrecomillado, que quiere decir algo así como: «a los que se creen o se llaman jóvenes»: «¿Quejarse de los viejos? ¡Pero si la queja es la mayor muestra de vejez...! ¿Que no te hacen caso? ¿Que evitan mencionarte? ¡Bah! Cuanto más eviten tu nombre, más les preocupa tu espíritu, si es que eres de veras joven. Déjalos que animen paternalmente a los buenos chicos, obedientes, correctos, compuestitos y moderados... tú les inquietas, si es que eres joven, te repito. Y si no, mira: no te mencionan, pero se aprovechan de lo tuyo e influyes sobre ellos» <sup>112</sup>. Unamuno está contra los jóvenes porque los jóvenes no son de veras jóvenes. Pero en ese ataque lo que hace es despertales su juventud. No les da consejos, les da juventud, y con frases hirientes. Les hace que sean ellos, que sean por dentro jóvenes, y para ello tiene que hablar en *contra*. Tan en contra de ellos habla, que les prohíbe atacar. Y aquí creará el lector llegar al colmo de la contradicción unamuniana. No. Es el yo pendular. El yo que se coloca en el extremo contrario, con palabras contrarias, pero con la misma manía: «Pero no te metas a atacarles..., ¿para qué? Pasarán ellos, pasarás tú, y de ese ataque, ¿qué quedará? ¿Qué les importará a los nietos de tus nietos de las querellas que sostuvieron sus abuelos de una generación con los de otra?» <sup>113</sup>. Es éste un momento opuesto en apariencia a todos los sermones guerreros de don Miguel. Pero, sigamos al péndulo. Ahondemos en la entraña de las aparentes contradicciones: «Sólo es joven el arrogante que ahoga la codicia bajo la ambición y sueña en el público universal y secular, no en el compatriota y coetáneo; lo propio del viejo es la codicia, la ambición lo propio del joven. Y a esos *jóvenes* que se quejan de que los viejos les cierran el paso, corróeles sobra de codicia casada a falta de ambición. No son los viejos quienes nos cierran el paso a la gloria; es nuestra propia vejez, vejez nativa» <sup>114</sup>. O sea: guerra a los ataques de la codicia, de la pequeña ambición; y lucha intensa por una ambición grande, universal. Es éste otro binomio codicia-ambición que creará numerosas paradojas y frases descon-

111. OC, V, 816.

112. OC, V, 807.

113. OC, V, 808.

114. OC, V, 808.

certantes en don Miguel, el catedrático de la Salamanca universal. Es que el escritor vasco-castellano busca hombres, hombres con alma ambiciosa, como los fundadores de Ordenes religiosas o como los conquistadores guerreros del Atlántico: «Apenas anda un alma por páginas de nuestros libros; no son más que vestiduras de almas»<sup>115</sup>, dice con dolor fuerte en «El Correo» (Valencia), el 11 de junio del mismo año. Unamuno escribe contra «los jóvenes» que no lo son y contra los viejos que lo son, a la edad de treinta y seis años, cuando ni es joven ni es viejo, cuando es un hombre maduro, arrastrado por la ambición juvenil y libre de la codicia de los ancianos.

Pero no sólo conocemos al Unamuno escritor de periódicos o revistas, al Unamuno público. De este año de 1900 tenemos confesiones privadas escritas en cartas que nos confirman en las afirmaciones que venimos haciendo acerca de sus agresiones. He aquí lo que dice en carta del 25 de marzo a «Clarín» acerca del binomio codicia-ambición de que acabo de hablar: «Me siento apenado por el espíritu de mezquindad que domina en nuestra cultura, o lo que sea; es un espectáculo deprimente. Casi todos acaparazonados en el instinto de conservación, a la defensiva. Y luego, lo más doloroso, la falta de ambición y sobra de codicia, que tan perdidos nos trae en España»<sup>116</sup>. Y al mes siguiente le hace a «Clarín» una de las confesiones más sinceras y más llenas de fuego y paradojas: «yo que leo todavía química y física y que concluida mi carrera expliqué matemáticas dos cursos, y que hace tres veranos estudié proyectiva pura, no resisto el mote de *sabio*; me hace daño, lo mismo que *discreto*, *estudioso*, *docto*, *erudito*, *fecundo*, etc., etc. ¡Flaquezas humanas! Más me parece pensador que *sabio*, y más que pensador, filósofo; pero al morir quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijesen de mí: ¡fué todo un poeta!»<sup>117</sup>. Rechazaba ciertos motes, tan codiciados por otros, no porque le parecieran poco, sino porque al aspirar a ellos se quedaba en la superficie ramplona de la España de su tiempo, mientras que ambicionando más, luchando por ser un creador, también conseguiría, por arrastre de cosas secundarias, lo que los demás aun consiguiéndolo de momento, dejarían de obtener para la posteridad. Y hoy se puede aplicar sin que sea mote a Unamuno el adjetivo de *sabio*, de *docto*, incluso de *erudito*, con tal de que lo entendamos a la luz de su ser creador, de su fuerza poética, de su pensamiento o sentimiento filosófico. El siglo XX ha sabido integrar en su historia cosas aparentemente contradictorias. El lo vivía al comenzar el año 1900.

No todo es acierto, sin embargo; no podríamos llamar «discreto» a Una-

115. *Pudor dañino*, en «El Correo» (Valencia), 11 de junio de 1900, OC, V, 819.

116. *Epistolario a Clarín*, p. 73.

117. Carta del 3 de abril de 1900, p. 83.

munio, ni su erudición o ciencia fueron siempre fundamentadas. Hizo muchas cosas demasiado de prisa, con demasiada independencia: «De todo lo cual se desprende una tristeza tan grande, que sólo escapa uno a su efecto, aislándose. Por eso me aislo y no quiero salir de aquí. Subo a lo alto del Rollo y converso con la llanura; prefiero que mis palabras se pierdan en el cielo inmenso, a no que se ganen resonando entre las cuatro paredes de un corral de vecindad, entre la cháchara de las comadres»<sup>118</sup>. Este aislamiento que le parecía defensa ante el aluvión de vulgaridad, a la larga le empobrecía por asfixia, le llevaba a la agresividad enfermiza: «Pero Unamuno es agresivo, y tiene la desgracia de despreciar demasiadas cosas (ahora mucho menos que antes», escribe de sí mismo a «Clarín» el día 9 de mayo<sup>119</sup>. Y en la misma carta confiesa la raíz de ciertas agresividades: «Esta carta va muy larga, y quiero acabarla. Es una obra de absoluta sinceridad. Quisiera que no se hubiese mezclado en ella mi condenada vanidad, pero es imposible»<sup>120</sup>. Y de momento se nos vuelve un niño este hombre batallador, lo que busca con sus ataques es que le quieran, es poder querer: «¡Qué dulces ratos he pasado así con algunos, trabajando porque me conozcan de verdad y me quieran! Sí, amigo Alas, me quieran. Es mi obsesión, y aún mayor la de poder querer, porque ¡tengo una corteza tan dura, una tan condenada agresividad!»<sup>121</sup>,

No necesito sino transcribir esos trozos de alma para que el Unamuno hombre, con sus profundizaciones de pensamiento y de sensibilidad, se nos aparezca totalmente hombre, es decir, débil, descontento de sí mismo, necesitando cariño. El nos dice más, con sinceridad brutal: necesitando poder querer. Quizá fue su tragedia. Pero quizá quiso más de lo que él mismo creía cuando recordaba sus escritos o sus conversaciones hirientes. No era un hombre hábil. Se lo dice a «Clarín»: «Agradecí su artículo, me complació, pero, la verdad ante todo, su habilidad me hirió muy dentro. ¡Dios me libre de ser hábil! ¡No, no quiero serlo! Si alguna vez lo he sido, lo deploro»<sup>122</sup>.

Y de nuevo, a su tema de codicia-ambición, y su vuelta a la sangre vasca: «Tengo temperamento de luchador, soy terco como vizcaíno, no quiero que la codicia ahogue en mí a la ambición, ni que me preocupe más lo que de mí digan que lo que de mí piensen y piense yo mismo; espero trabajando y sólo ansío ver si mis novedades en España son estimadas fuera de ella un día como banalidades (me gusta la palabra)<sup>123</sup>.

118. Carta del 25 de marzo de 1900, pp. 73-74.

119. *Epistolario*..., p. 87.

120. *Epistolario*..., p. 96.

121. *Epistolario*..., p. 100.

122. Carta del día 10 de mayo de 1900, p. 104.

123. *Epistolario*..., p. 102.

Sigue confesándose con el crítico asturiano «Clarín»: «He oído hablar mil veces, y he hablado yo mismo, excediéndome no pocas, de su afán por sostener los seniles productos de los más de los consagrados» <sup>124</sup>. Antes hemos visto sus ataques a los jóvenes, ahora reconoce sus excesos contra «Clarín» porque se olvidaba de los jóvenes. Pero hay en la misma carta un paréntesis muy útil para fijarnos de nuevo en el yo pendular. Le dice a «Clarín»: «Claro que éste es un juicio personalísimo, pero entre el mío y el de usted debe de estar lo cierto» <sup>125</sup>. ¡Cuántas veces hay que leer a don Miguel pensando que la verdad está en el centro, la parte equidistante de lo que él afirma y de lo que el lector piensa. No sólo es una ley general de contrarios, se trata de una debilidad personal cultivada: «Yo al oír todo eso o me callaba, o hacía coro (¿por qué negarlo?), o le defendía a usted y le defendía en lo mismo en que creía una debilidad» <sup>126</sup>. También esto es importante: Unamuno sostiene algunas posturas con cierta agresividad escandalosa porque se siente débil, porque la cosa misma lo necesita.

Pero si algo puede resumir lo que vengo diciendo a través de las páginas anteriores, va a ser la misma confesión unamuniana en carta del 9 de mayo. Escribe en tercera persona: «En tanto Unamuno ganaba público en España (singularmente en Cataluña) y en América, se le citaba con relativa frecuencia, adquiría prestigio y renombre, no sin ser blanco de ataques, como es natural, máxime cuando se es agresivo. Formábase la idea ya de que era un hombre tornadizo, versátil, desorientado, indigestado por lecturas varias, ya de que era un hambriento de notoriedad, que la buscaba por caminos extraviados; ya de que era un sabio empeñado en ser artista; ya de que era un espíritu genial, original e independiente. Huían muchos de sus escritos por creerlos enrevesados y sibilíticos (esto le ha perjudicado mucho). En América decían que no parecía español, lo decían en son de elogio, y es acaso su desgracia, ser un *desarraigado*, que diría Barrés. Y en tanto él, intelectual, intelectual ante todo y sobre todo, sintiéndose víctima del intelectualismo emprendía campañas contra él, su intelectualismo era de lo más intelectual posible» <sup>127</sup>. Yo me imagino a sus contemporáneos como una masa de gentes contemplando un péndulo, y cada persona o grupo de ellas escogiendo un momento distinto, una postura diversa. El yo de Unamuno se movía, distaba más o menos de la opinión del contemplador. A todos agredía, contra todos luchaba, y, sin embargo, con todos coincidía en alguno de sus pases. Huía de una verdad, se marchaba a la contraria, y desde aquella era atraído

124. Carta del día 9 de mayo de 1900, p. 85.

125. *Epistolario...*, p. 85.

126. *Epistolario...*, p. 86.

127. *Epistolario...*, p. 89.

hacia el punto de arranque. El Unamuno intelectual, aun en sus ataques al intelectualismo, seguía siendo intelectual; el antidogmático, dogmático de su antidogmatismo; el agresivo, cariñoso; el independiente, dependiendo de todos; el ateo, creyente. Veamos cómo termina su confesión al maestro «Clarín»: «Y sufría, sufría. Después de una crisis en que lloró más de una vez y hubiera sido un infierno su vida a no tener mujer e hijos, creyó en realidad haber vuelto a la fe de su infancia, y aunque sin creer en realidad empezó a practicar, hundiéndose hasta en las devociones más rutinarias, para sugerirse su propia infancia»<sup>128</sup>.

Alguien al leer estas debilidades pudiera pasar a un desprecio de don Miguel. Lo más que exige de nosotros en este momento es compasión, cariño. He comenzado este apartado con el título de: «¡Hiéreles por amor!» Por amor hería él. Porque amaba, y para que le amasen. Tengo que terminar con unas palabras parecidas, pero eficazmente significativas para comprender bien el hondón de sus gresiones, el amor. Dice así: «tengo la debilidad de fustigar más a los que más quiero, porque, por quererlos, los quisiera como deben ser, en consonancia con su hombre interior»<sup>129</sup>.

Se podría emprender un estudio de letanias hirientes de don Miguel y probar con ellas su amor a las personas a quienes ataca: a los intelectuales, a las ciudades pequeñas, a Madrid, a los jesuitas, a los vascos, a los franceses, a los alemanes de la guerra del 14, etc. No siempre sería apodíctica la prueba, ni con don Miguel vale servirse de claves para explicar conductas. Pero creo necesaria una revisión de sus ataques. Y revisarlos para caer en la cuenta de que no se trata únicamente de una debilidad, que muchas veces lo será, sino de una fuerza titánica, que también lo será con frecuencia. A quienes ama les exige. Y como no le gusta su ser actual les hiere para descontentarlos, para meterles angustia y ponerlos en plan de desarrollo: «los quisiera como deben ser, en consonancia con su hombre interior».

El fallo no estará, por lo tanto, en sus intenciones. El fallo de don Miguel es ese fallo de todo hombre que creyendo ver la verdad no la ve, esa limitación humana que no entiende la existencia de las cosas más que desde sus ojos, cuando las cosas pueden estar vistas desde infinitos ángulos separados. El fallo de Unamuno es ser hombre y actuar con seguridad divina. Seguridad divina sólo aparente porque una vez terminada una afirmación siente por dentro como que se carcome algo de lo dicho, siente como que un vacío empieza a engendrarse en el ser nuevo que él está produciendo. Y en esta tragedia de creación y de derrumbamiento, en esta lucha continua es en lo que consiste la debilidad y la fuerza de este hombre

---

128. *Epistolario...*, p. 89.

129. Carta del 9 de mayo de 1900, p. 98.

nacido entre montañas vascas, junto al hierro, y colocado en la llanura de Castilla, junto a los trigales. ¡Cuántas veces deseó la fusión de sus yos, y cuántas veces sintió que alguno de sus ellos se le perdía! A cada ruptura, un grito: «No sé si será verdad lo que alguien me dice y es que siento con la cabeza y pienso con el corazón. Yo sólo sé que toda mi vida he soñado la fusión de la ciencia y el arte, así como del hombre y de la naturaleza; humanizando a la naturaleza la sobrenaturalizamos, y naturalizándonos nosotros nos sobrehumanizamos. Sólo comprendo el sobre-hombre en una sobre-naturaleza»<sup>130</sup>. Así escribía en junio de este año 1900 al poeta catalán Maragall. Este anhelo de fusión de opuestos y esta imposibilidad de conseguirlo es la tragedia de Unamuno. Tragedia que siente todo hombre según su talla humana, según su temple.

Dejo a Unamuno en plena madurez y en plena lucha. Cumple en septiembre, en la fiesta de San Miguel Arcángel, treinta y seis años. Tiene mujer e hijos. Es catedrático. Ya le escucha el público. Ha embestido contra todos y contra sí mismo. Ha luchado con Dios. Pero esto no ha sido más que el principio. Estamos en 1900. La historia de España hasta el día último de 1936 pasará berberiscamente por este español africanizante. Lo veremos en estudios ulteriores.

---

130. *Epistolario entre Miguel de Unamuno y Juan Maragall y escritos complementarios* (Barcelona, Edimar, 1951), pp. 10-11. Carta del día 6 de junio de 1900.